

VII. ENSOÑANDO JUNTOS (Carlos Castaneda)
(English: Below)



Un día, para aliviar momentáneamente nuestra zozobra, sugerí que deberíamos dedicar todo nuestro tiempo y energía a ensoñar. Tan pronto como hice esta sugerencia me di cuenta de que la lobreguez que me había acosado durante días se alteró radicalmente con sólo desear el cambio. Claramente comprendí entonces que el problema de la Gorda y el mío era que inconscientemente nos habíamos centrado en el temor y la desconfianza, como si fueran las únicas opciones a nuestro alcance. En todo momento, sin embargo, habíamos tenido, sin saberlo conscientemente, la alternativa de centrar nuestra atención deliberadamente en lo opuesto: el misterio, la maravilla de lo que nos sucedía.

Comuniqué a la Gorda mi hallazgo. Ella estuvo de acuerdo en el acto. Al instante se animó, y el paño de su lobreguez se desvaneció en cuestión de segundos.

-¿Qué tipo de ensoñar propones que debemos hacer? -preguntó. -¿Cuántos tipos hay? -dije. -Podemos ensoñar juntos -replicó-. Mi cuerpo me dice que lo hemos hecho antes. Ya hemos entrado en el ensueño como par. Vas a ver que será facilísimo como lo fue ver juntos. -Pero no sabemos cuál es el procedimiento para ensoñar juntos -dije. -Pues tampoco sabíamos cómo ver juntos y sin embargo vímos -dijo-. Estoy segura de que sí lo intentamos, podremos hacerlo, porque no hay pasos específicos para todo lo que hace un guerrero. Sólo hay poder personal. Y en este momento lo tenemos.

"Debemos, eso sí, ensoñar desde dos lugares distintos, lo más alejado posible el uno del otro. El que entra en el ensueño primero, espera al otro. Apenas nos encontramos entrecruzamos los brazos y nos adentramos juntos a las profundidades del ensoñar.

Le dije que no tenía idea de cómo esperarla si yo empezaba a ensoñar antes que ella. Ella misma no podía explicar lo que eso implicaba, pero aclaró que esperar al otro ensoñador era lo que Josefina había descrito como "jalarlo". La Gorda había sido jalada dos veces por Josefina.

-La razón por la cual Josefina le llama así es porque uno de los dos tiene que prender al otro del brazo - explicó.

Me enseñó entonces cómo hacerlo. Con su mano izquierda sujetó fuertemente mi antebrazo derecho a la altura del codo. Nuestros antebrazos quedaron entrelazados cuando yo cerré mi mano derecha sobre su codo.

-¿Cómo se puede hacer eso en ensueño? -pregunté. Yo, en lo personal, consideraba que ensoñar era uno de los estados más privados que se puedan imaginar. -No sé cómo, pero te voy a agarrar -dijo la Gorda-. Yo creo que mi cuerpo sabe cómo. Pero mientras más

sigamos hablando de esto, más difícil parece ser. Comenzamos a ensoñar desde dos lugares. Sólo pudimos ponernos de acuerdo a qué hora empezar, puesto

que la entrada en el ensueño era imposible de predeterminar. La posibilidad de que yo tuviera que esperar a la Gorda fue algo que me causó una gran ansiedad, y no pude empezar a ensoñar con la facilidad usual. Después de diez o quince minutos de agitación finalmente logré entrar en un estado que yo llamo vigilia en reposo.

Años antes, cuando ya había adquirido cierto grado de experiencia en ensoñar, le pregunté a don Juan si había procedimientos específicos que fuesen comunes para todos. Me dijo que verdaderamente cada ensoñador es singular e independiente. Pero al hablar con la Gorda descubrí tantas similitudes en nuestras experiencias de ensoñar, que aventuré un posible patrón clasificatorio de las diversas etapas.

Vigilia en reposo es el estado preliminar, en el cual los sentidos se aletargan y, sin embargo, uno se halla consciente. En mi caso, yo siempre había percibido en este estado un flujo de luz rojiza, una luz exactamente igual a la que aparece cuando encara uno el sol con los párpados fuertemente cerrados.

Al segundo estado de ensoñar le llamé *vigilia dinámica*. En éste, la luz rojiza se disipa así como se desvanece la niebla, y uno se queda viendo una escena, una especie de cuadro, que es estático. Se ve una imagen tridimensional, un tanto congelada: un pasaje, una calle, una casa, una persona, un rostro, o cualquier otra cosa.

Al tercer estado lo denominé *atestiguación pasiva*. En él, el ensoñador ya no presencia más un aspecto congelado del mundo, sino que es un testigo ocular de un evento tal como ocurre. Es como si la preponderancia de los sentidos visual y auditivo hiciera a este estado del ensoñar una cuestión principalmente de los ojos y los oídos.

En el cuarto estado uno es llevado a actuar, forzado a llevar a cabo acciones, a dar pasos, a aprovechar el máximo del tiempo. Yo llamé a este estado *iniciativa dinámica*.

Esperarme, como proponía la Gorda, tenía que ver con el segundo y el tercer estado de nuestro ensoñar juntos. Cuando entré en la segunda fase, *vigilia dinámica*, en una escena de ensoñar ví a don Juan y a varias otras personas, incluyendo a la Gorda cuando era obesa. Antes de que pudiese considerar qué era lo que veía, sentí un tremendo jalón en mi brazo y me di cuenta de que la Gorda "verdadera" se hallaba a mi lado. Estaba a mi izquierda y había tomado mi antebrazo derecho con su mano izquierda. Claramente sentí cómo alzaba mi mano para que pudiéramos entrecruzar los antebrazos. Después me descubrí en la *atestiguación pasiva*, el tercer estado del ensoñar. Don Juan me decía que yo tenía que atender a la Gorda y cuidarla de la manera más egoísta: esto es, como si ella fuera parte de mí mismo.

Su juego de palabras me pareció delicioso. Sentí una felicidad sobrenatural por hallarme allí con él y con los otros. Don Juan prosiguió explicando que mi egoísmo podía ser utilizado de muy buen modo, y que ponerle riendas no era imposible.

Había una atmósfera general de camaradería entre toda la gente congregada allí. Todos reían de lo que don Juan me decía, pero sin burlarse. Don Juan añadió que la manera más segura de subyugar el egoísmo era por medio de las actividades cotidianas de nuestras vidas. Mantenía que yo era eficiente en todo lo que hacía porque no tenía a nadie que me hiciera la vida imposible y que no era nada del otro mundo andar derecho si uno anda solo. Si se me diera la tarea de cuidar a la Gorda, sin embargo, mi eficiencia estallaría en cachitos, y para sobrevivir tendría que extender la preocupación egoísta por

mí mismo hasta incluir a la Gorda. Sólo ayudándola, don Juan decía con el tono más enfático, yo encontraría las claves para el desempeño de mi verdadera tarea.

La Gorda puso sus obesos brazos alrededor de mi cuello. Don Juan tuvo que dejar de hablar. Reía de tal manera que no podía proseguir. Todos ellos rugían de risa.

Me sentí avergonzado e irritado con la Gorda. Traté de desprenderme de ella, pero sus brazos se hallaban fuertemente enlazados en torno a mi cuello. Con un gesto de manos, don Juan me detuvo. Dijo que el mínimo embarazo que entonces experimentaba no era nada en comparación a lo que me esperaba.

El sonido de las risas era ensordecedor. Me sentí muy feliz, aunque me preocupaba tener que ayudar a la Gorda, ya que ignoraba lo que esto implicaría.

En un momento de mi ensoñar cambié el punto de vista. . . , o más bien, algo me sacó de la escena y empecé a mirar todo como espectador. Nos hallábamos en una casa del norte de México; podía darme cuenta de esto por el panorama que la rodeaba, el cual me era parcialmente visible. Podía ver montañas a lo lejos. También recordé los atavíos de la casa. Nos hallábamos en un porche tejado, abierto. Parte de la gente estaba sentada en grandes sillones; sin embargo, la mayoría se hallaba de pie o sentada en el suelo. Había dieciséis personas. La Gorda se hallaba a mi lado, frente a don Juan.

Me di cuenta que podía tener dos diferentes percepciones al mismo tiempo. Igualmente podía entrar en la escena del ensoñar y recuperar un sentimiento perdido hacía mucho, o podía presenciarse la escena con las emociones y sentimientos de mi vida actual. Gozando me hundía en la escena del ensoñar me sentía seguro y protegido, pero cuando la contemplaba del otro modo me sentía perdido, inseguro, angustiado. No me gustó esa reacción mía, por lo tanto me sumergí en la escena del ensoñar.

Una Gorda obesa preguntó a don Juan, con una voz que podía oírse por encima de la risa de todos, si yo iba a ser su esposo. Hubo un momento de silencio. Don Juan parecía calcular lo que iría a decir. Palmeó la cabeza de la Gorda y dijo que de seguro yo estaría encantado de ser su esposo. La gente reía estrepitosamente. Yo reí con ellos. Mi cuerpo se convulsionó con un disfrute genuino, y sin embargo no creí estar riéndome de la Gorda. No la consideraba una aberrada o una estúpida. Era una niña. Don Juan se volvió hacia mí y dijo que yo tenía que honrar a la Gorda a pesar de cualquier cosa que ella me hiciera, y que debía entrenar mi cuerpo, a través de mí

interacción con ella, a sentirse a gusto ante las situaciones más exigentes. Don Juan se dirigió a todo el grupo y dijo que era mucho más fácil comportarse bien bajo condiciones de máxima tensión que ser impecable en circunstancias normales, tales como la interrelación con alguien como la Gorda. Don Juan añadió que bajo ninguna circunstancia yo debía enojarme con la Gorda, porque en realidad ella era mi benefactora: sólo a través de ella podría ser yo capaz de controlar mi egoísmo.

Me hallaba tan completamente inmerso en la escena del ensoñar, que me había olvidado de que estaba ensoñando. Una repentina presión en el brazo me lo recordó. Sentí la presencia de la Gorda junto a mí, pero sin verla. Se hallaba allí sólo como un contacto, una sensación táctil en mi antebrazo. En esto concentré mi atención, alguien me tenía fuertemente agarrado; después la Gorda me materializó como una persona completa, como si estuviera hecha de cuadros sobreimpuestos de una película cinematográfica. La escena de ensoñar se disolvió. En vez de eso, la Gorda y yo nos mirábamos el uno al otro con los antebrazos entrecruzados.

Al unísono, de nuevo concentramos nuestra atención en la escena que habíamos estado presenciando. En ese momento supe, sin duda alguna, que habíamos observado la misma escena. Ahora don Juan decía algo a la Gorda, pero yo no podía oírlo. Mi atención era llevada de un lado a otro entre el tercer estado de ensoñar, contemplación pasiva, y la segunda, vigilia dinámica. En un momento yo estaba con don Juan, con una Gorda obesa y las dieciséis personas, y el siguiente instante me hallaba con la Gorda de siempre contemplando una escena congelada.

Entonces una drástica sacudida en mi cuerpo me condujo a otro nivel más de atención: sentí algo como el chasquido de un trozo seco de madera al romperse, y me encontré en el primer estado de ensoñar, vigilia en reposo. Me hallaba dormido y, no obstante, enteramente consciente. Yo quería permanecer lo más posible en ese estado apacible, pero otra sacudida me hizo despertar al instante. Era el impacto intelectual de haberme dado cuenta de que la Gorda y yo habíamos ensoñado juntos.

Me hallaba más que ansioso por hablar con ella. La Gorda sentía lo mismo. Cuando nos calmamos, le pedí que me describiera todo lo que le había ocurrido en nuestro ensoñar juntos.

-Te estuve esperando un largo rato -dijo-. Una parte de mí creía que te había perdido, pero otra parte pensaba que estabas nervioso y que tenías problemas, así es que esperé.

-¿Dónde me esperaste, Gorda? -pregunté.

-No sé -respondió-. Sé que ya había salido de la luz rojiza, pero no podía ver nada. Pensándolo bien, no tenía vista, sólo sentía. A lo mejor todavía estaba en la luz rojiza, aunque no era roja. El lugar donde me encontraba tenía un tinte color durazno. Entonces abrí los ojos y allí estabas. Parecía que ya estabas a punto de irte, así es que te agarré del brazo. Entonces miré y vi al nagual Juan Matus, a tí, a mí, y a la otra gente en la casa de Vicente. Tú eras más joven y yo estaba gorda.

La mención de la casa de Vicente me trajo una repentina comprensión. Le dije a la Gorda que una vez, manejando por Zacatecas, en el norte de México, tuve un extraño impulso y fui a visitar a Vicente, uno de los amigos de don Juan. No comprendí entonces que al hacerlo, involuntariamente había cruzado a un dominio excluido. Vicente, como la mujer nagual, pertenecía a otra área, a otro mundo. Entendí en ese momento la razón por la que la Gorda quedara tan atónita cuando le referí esa visita. Conocíamos muy bien a Vicente, quien era tan allegado a nosotros como don Genaro, o quizás más aún. Y sin embargo, los habíamos olvidado, tal como había olvidado a la mujer nagual.

En ese momento la Gorda y yo hicimos una inmensa disgresión. Juntos recordamos que Vicente, Genaro y Silvio Manuel eran amigos de don Juan, sus cohortes. Todos ellos se hallaban unidos por una especie de juramento. La Gorda y yo no podíamos recordar qué era lo que los había unido. Vicente no era indio. Había sido farmacéutico cuando joven. Era el erudito del grupo, el verdadero curandero que mantenía a todos en perfecto estado de salud. Le apasionaba la botánica. Yo no tenía duda alguna de que él sabía de plantas más que cualquier ser humano viviente. La Gorda y yo recordamos que fue Vicente el que daba instrucción a todos, incluyendo a don Juan, acerca de las plantas medicinales. Tomó un interés especial en Néstor, y todos nosotros pensábamos que Néstor llegaría a ser como él.

-Recordar a Vicente me hace pensar en mí -dijo la Gorda-. Me hace pensar en lo insostenible que he sido. Lo peor que le puede pasar a una mujer es tener hijos, tener agujeros en su cuerpo, y a pesar de eso seguir actuando como una adolescente. Ese era mi problema. Yo quería ser un encanto y estaba vacía. Y ellos me dejaban hacer el ridículo y hasta me ayudaban a hacerlo.

-¿Quiénes son ellos, Gorda? -le pregunté.

-El nagual y Vicente y toda esa gente que estaba en casa de Vicente cuando me porté como una burra contigo.

La Gorda y yo comprendimos lo mismo al unísono. A la Gorda le era permitido ser insoportable sólo conmigo. Nadie más aguantaba sus necedades, aunque ella las intentaba con todos.

-Vicente sí me aguantaba -dijo la Gorda-. Me llevaba la cuerda. Figúrate que hasta tío le decía. Cuando quise decir tío a Silvio Manuel, casi me despelleja los sobacos con sus manos que parecían garras.

Los dos tratamos de concentrar nuestra atención en Silvio Manuel, pero no pudimos recordar cómo era. Sentíamos su presencia en nuestros recuerdos, pero él no era una persona, era sólo un sentimiento.

Hablamos de nuestra escena de ensoñar y llegamos al acuerdo de que ésta había sido una réplica fiel de lo que en realidad tuvo lugar en nuestras vidas en cierto tiempo, pero nos resultaba imposible recordar cuándo. Sin embargo, yo tenía la extraña seguridad de que efectivamente estuve a cargo de la Gorda como entrenamiento para enfrentar la interacción con la gente. Era imperativo que yo interiorizara un estado de ecuanimidad ante situaciones sociales difíciles, y para esto nadie podía haber sido un mejor entrenador que la Gorda. Los relampagazos de vagos recuerdos que yo tenía de una obesa Gorda surgían de esas circunstancias, porque yo había cumplido las órdenes de don Juan al pie de la letra.

La Gorda dijo que no le había gustado en lo más mínimo la escena de ensoñar. Ella hubiera preferido mirar solamente, pero yo la empujé a que reviviera sus viejos sentimientos, que le eran detestables. Su descontento fue tan intenso que deliberadamente apretó mi brazo para forzarme a concluir nuestra participación en algo que le resultaba tan odioso.

Al día siguiente empezamos otra sesión de ensoñar juntos. Ella la inició en su recámara y yo en mi estudio, pero no ocurrió nada. Quedamos agotados meramente tratando de entrar en el ensueño. Luego, pasaron semanas enteras sin que pudiéramos avanzar lo mínimo. Cada fracaso nos volvía más desesperados y codiciosos.

En vista de nuestra derrota decidí que, por el momento, deberíamos posponer ensoñar juntos y examinar con mayor cuidado los procesos del ensoñar y analizar sus conceptos y procedimientos. En un principio la Gorda no estuvo de acuerdo conmigo. Para ella, la idea de revisar lo que sabíamos de ensoñar reconstituía otra manera de sucumbir a la codicia. Ella prefería nuestros fracasos. Yo persistí hasta que finalmente accedió, más que nada debido a la sensación de que estábamos absolutamente perdidos.

una noche, lo más casualmente que pudimos, empezamos a discutir lo que debíamos de ensoñar. De inmediato nos fue obvio que había unos temas centrales que en especial don Juan había enfatizado.

Lo primero era el acto mismo, el cual comienza como un estado único de conciencia al que se llega concentrando el residuo consciente que se conserva, aun cuando uno está dormido, en los elementos o los rasgos de los sueños comunes y corrientes.

El residuo consciente, al que don Juan llamaba la segunda atención, es adiestrado a través de ejercicios de no-hacer. La Gorda y yo estuvimos de acuerdo que un auxiliar esencial del ensoñar era un estado de quietud mental, que don Juan había llamado "detener el diálogo interno", o el "no-hacer de hablarse a uno mismo". Para enseñarme cómo lograrlo, don Juan solía hacerme caminar durante kilómetros con los ojos fuera de foco, fijos en un plano unos cuantos grados por encima del horizonte, a fin de realzar la visión periférica. El método fue efectivo por dos razones. Me permitió detener mi diálogo interno después de años de práctica, y entrenó mi atención. Al forzarme a una concentración en la vista periférica, don Juan reforzó mi capacidad de concentrarme, por largos períodos de tiempo, en una sola actividad.

Después, cuando logré controlar mi atención y ya fui capaz de trabajar por horas en cualquier tarea -algo que antes nunca pude hacer-, don Juan me dijo que la mejor manera de entrar en ensueños era concentrándome en el área exacta en la punta del esternón. Dijo que de ese sitio emerge la atención que se requiere para comenzar el ensueño. La energía que necesita uno para moverse en el ensueño surge del área tres o cuatro centímetros bajo el ombligo. A esa energía le llamaba la voluntad, o el poder de seleccionar, de armar. En una mujer, tanto la atención como la energía para ensoñar, se origina en el vientre.

-El ensoñar de una mujer tiene que venir de su vientre porque ése es su centro -dijo la Gorda-. Para que yo pueda empezar a ensoñar o dejar de hacerlo, todo lo que tengo que hacer es fijar la atención en mi vientre. He aprendido a sentirlo por dentro. Veo un destello rojizo por un instante y luego ya estoy fuera.

-¿Cuánto tiempo te toma llegar a ver esa luz rojiza? -le pregunté.

-Unos cuantos segundos. En el momento en que mi atención está en mi vientre, ya estoy en el ensoñar -continuó-. Nunca batallo, nunca jamás. Así son las mujeres. Para una mujer la parte más difícil es aprender cómo

empezar; a mí me llevó un par de años detener mi diálogo interno concentrando mi atención en el vientre. Quizás ésa es la razón por la que una mujer siempre necesita que otro la acicatee.

"El nagual Juan Matus me ponía en la barriga piedras del río, frías y mojadas; para hacerme sentir esa área. O me ponía un peso encima; yo tenía un trozo de plomo que él me consiguió. El nagual me hacía cerrar los ojos y concentrar la atención en el sitio donde yo sentía el peso. Por lo regular me quedaba dormida. Pero eso no lo molestaba. Realmente no importa lo que uno hace en tanto la atención esté en el vientre. Por último aprendí a concentrarme en ese sitio sin tener nada puesto encima. Un día empecé solita a ensoñar. Como siempre, comencé por sentir mi barriga, en el lugar donde el nagual había puesto el peso tantas veces, luego me quedé dormida como siempre, salvo que algo me jaló directo adentro de mi vientre. Ví un destello rojizo y después tuve un sueño de lo más hermoso. Pero tan pronto como quise contárselo al nagual, me di cuenta de que había sido un sueño común y corriente. No había modo de contarle cómo había sido. Del sueño yo sólo sabía que en él me sentí muy feliz y fuerte. El nagual me dijo que yo había ensoñado.

"A partir de ese momento ya nunca más me volvió a poner un peso encima. Me dejó hacer mi ensoñar sin interferir. De vez en cuando me pedía que le contara cómo iban las cosas, y me daba consejos. Así es como se debe de llevar a cabo la instrucción del ensoñar."

La Gorda aseguró que don Juan le había explicado que cualquier cosa puede servir como no-hacer para propiciar el ensoñar, siempre que esto fuerce a la atención a permanecer fija. Por ejemplo, hizo que ella y los demás aprendices contemplaran fijamente hojas y piedras, y alentó a Pablito a que construyera su propio aparato de no-hacer. Pablito empezó con el no-hacer de caminar hacia atrás. El avanzaba echando veloces miradas a los lados para no perder la dirección y para eludir los obstáculos del camino. Yo le dí la idea de utilizar un espejo y él expandió la idea construyendo un casco de madera con una armazón exterior de alambre que sostenía dos pequeños espejos, a unos quince centímetros de su cara y a cinco centímetros por debajo del nivel de sus ojos. Los dos espejos no interferían con su visión frontal, y debido al ángulo lateral en el que se hallaban colocados éstos le permitían cubrir todo el campo visual a sus espaldas. Pablito alardeaba de que tenía una visión periférica de 360 grados. Auxiliado por este artefacto, Pablito podía caminar hacia atrás largas distancias, o por largos periodos de tiempo.

La posición que uno elige para hacer el ensoñar también era un tema muy importante.

-No sé por qué el nagual no me explicó desde el mero principio -dijo la Gorda- que para una mujer la mejor posición para empezar es sentarse con las piernas cruzadas y después dejar que el cuerpo caiga como pueda. El nagual me dijo esto un año después de que yo había empezado. Hoy en día, yo tomo asiento en esa posición durante un momento, siento mi vientre, y al instante ya estoy ensoñando.

Al principio, y al igual que la Gorda, yo lo había hecho acostado de espaldas, hasta que un día don Juan me dijo que para obtener mejores resultados debía de sentarme en una esterilla suave y delgada, con las plantas de mis pies puestas juntas y con los muslos tocando la esterilla. Me señaló que, como yo tenía las coyunturas de las caderas algo elásticas, debía de ejercitarlas al máximo, con el fin de llegar a tener los muslos completamente aplanados contra el suelo. Don Juan añadió que si yo llegaba a entrar en el ensoñar sentado en esa posición, mi cuerpo no se deslizaría ni caería a ninguno de los lados, sino que mi tronco se inclinaría hacia adelante y mi frente se apoyaría en mis pies.

Otro tema de enorme significado era la hora de ensoñar. Don Juan nos había dicho que las horas más avanzadas de la noche o las primeras horas de la madrugada eran las mejores.

El explicaba la razón por la cual prefería estas horas como una aplicación práctica del conocimiento de los brujos. Dijo que desde el momento en que uno tiene que hacer su ensoñar dentro de su medio social, uno debe de buscar las mejores condiciones posibles de aislamiento, libres de interferencias. Las interferencias a las que se refería tenían que ver con la "atención" de la gente, y no con su presencia física. Para don Juan era algo fuera de propósito el retirarse del mundo y ocultarse, pues incluso si uno se hallase solo en un lugar aislado y desierto, la interferencia de nuestros prójimos prevalece. La fijeza de su primera atención no puede ser desconectada. Sólo localmente a las horas en las que la mayoría de la gente está dormida uno puede desviar parte de esa fijeza por un breve lapso. En esas horas está adormecida la primera atención de quienes nos rodean.

Esto condujo a don Juan al tema de la segunda atención. El nos explicó que la atención que uno requiere en los inicios del ensoñar tiene que forzarse a permanecer en un determinado detalle de un sueño. Sólo mediante la

inmovilización de la atención puede uno convertir en ensueño un sueño ordinario.

Explicó también que al ensoñar uno debe de emplear los mismos compulsivos mecanismos de atención de la vida cotidiana. Nuestra primera atención ha sido entrenada para enfocar los elementos del mundo, compulsivamente y con gran fuerza, a fin de transformar el dominio caótico y amorfo de la percepción en el mundo ordenado de la conciencia.

Don Juan también nos dijo que la segunda atención desempeñaba el papel de un señuelo; la llamó un convocador de oportunidades. Mientras más se la ejercita, mayor es la posibilidad de obtener lo que se desea. Aseveró que también esta es la función de la atención en general, la cual damos de tal forma por sentada en nuestra vida diaria, que jamás la advertimos; si nos pasa un suceso fortuito, hablamos de él en términos de un accidente o de una coincidencia, y no en términos de que nuestra atención hizo que sucediera.

Nuestra discusión de la segunda atención preparó el terreno para otra cuestión crucial, el cuerpo de ensueño. Para poder guiar a la Gorda hacia éste, don Juan le dio la tarea de inmovilizar su segunda atención lo más firmemente posible en los elementos de la sensación de volar en ensueños.

-¿Cómo aprendiste a volar en ensueños? -le pregunté-. ¿Te enseñó alguien?

-El nagual Juan Matus fue el que me enseñó en esta tierra -respondió-. Y en el ensueño me enseñó alguien al que nunca pude ver. Sólo era una voz que me iba diciendo lo que había que hacer. El nagual me impuso la tarea de aprender a volar en ensueños y la voz me enseñó cómo hacerlo. Después me llevó años aprender por mí misma a cambiar de mi cuerpo normal, ése que uno puede ver y tocar, a mi cuerpo de ensueño.

-Eso me lo tienes que explicar -le pedí.

-Tú estabas aprendiendo a entrar en tu cuerpo de ensueño cuando ensoñaste que te salías de tu cuerpo - continuó-. Pero tal como yo veo las cosas, el nagual no te dio ninguna tarea específica, así que tú seguiste dándole ahí como te saliera. Por otra parte, a mí se me dio la tarea de utilizar mi cuerpo de ensueño. Las hermanitas tuvieron la misma tarea. En mi caso, una vez tuve un sueño en el que volaba como papalote. Se lo conté al nagual porque me había gustado la sensación de planear. El lo tomó en serio y lo hizo una tarea. Dijo que tan pronto como uno aprende a ensoñar, cualquier sueño que uno puede recordar ya no es un sueño, es ensueño.

"Entonces empecé a tratar de volar cuando ensoñaba. Pero no podía organizarme. Mientras más trataba de influenciar mis ensueños, más

difícil se me ponía. Finalmente el nagual me aconsejó que parara de forzarme y que dejara que todo ocurriera por sí mismo. Poco a poquito empecé a volar en los ensueños. Fue entonces cuando una voz me empezó a decir qué hacer. Siempre creí que era una voz de mujer.

"Cuando ya había aprendido a volar perfectamente, el nagual me dijo que tenía que repetir, despierta, todos los movimientos de vuelo que yo aprendí en ensueños. Tú tuviste la misma oportunidad cuando el tigre dientes de sable te enseñaba cómo respirar. Pero nunca te volviste un tigre en ensueños, de modo que propiamente no podías tratar de hacerlo cuando estabas despierto. Pero yo sí aprendí a volar en ensueños. Cambiando mi atención a mi cuerpo de ensueño, podía volar como papalote cuando estaba despierta. Una vez te enseñé mi vuelo porque quería que vieras que yo había aprendido a usar mi cuerpo de ensueño. Pero a ti nunca se te ocurrió de qué se trataba la cosa.

La Gorda se refería a la vez en que me aterró con el incomprensible acto real de elevarse y planear en el aire como un volador. El hecho fue tan extravagante para mí que no pude ni siquiera empezar a entenderlo de una manera lógica. Como de costumbre, cuando yo era confrontado por eventos de esa naturaleza, lo puse en la amorfa categoría de "percepciones bajo condiciones de tensión extrema". Yo argumentaba que en casos de tensión severa la percepción podía ser enormemente distorsionada por los sentidos. Mi explicación no explicaba nada pero parecía apaciguar a mi razón.

Le dije a la Gorda que por fuerza debía haber más, en lo que ella llamaba el cambio a su cuerpo de ensueño, que repetir meramente la acción de volar.

Ella lo pensó un rato antes de contestar.

-Yo creo que el nagual te debe haber dicho a ti también -afirmó- que lo único que en verdad cuenta al hacer ese cambio es anclar la segunda atención. El nagual decía que es la atención la que hace al mundo. Tenía sus razones para decirlo. Era el amo de la atención. Supongo que lo dejó a mi cuenta el que yo averiguara que todo lo que necesitaba para cambiar a mi cuerpo de ensueño, era concentrar mi atención en volar. Lo importante era almacenar atención en ensueños, observar todo lo que yo hacía al volar. Esa era la única forma de cultivar mi segunda atención. Una vez que ésta era sólida, con sólo enfocarla levemente en los detalles y en la sensación de volar me producía más ensueños de volar, hasta que por fin para mí era una rutina ensoñar, que me remontaba por los aires.

"En la cuestión de volar, pues, mi segunda atención estaba muy afilada. Cuando el nagual me dio la tarea de cambiarme a mi cuerpo de ensueño; lo

que quería hacer era que sintonizara mi segunda atención al estar despierta. Así es como yo lo entiendo. La primera atención, la atención que hace al mundo, nunca puede ser subyugada del todo; sólo se le puede desconectar unos momentos para reemplazarla con la segunda atención, eso es, si el cuerpo la ha almacenado lo suficiente. Naturalmente, ensoñar es una manera de almacenar la segunda atención. De modo que yo diría que para poder cambiarte a tu cuerpo de ensueño, al estar despierto tienes que ensoñar hasta que los ensueños se te salgan por las orejas.

-¿Puedes entrar en tu cuerpo de ensueño cada vez que quieres? -le pregunté.

-No. No es así de fácil -repliqué-. He aprendido a repetir los movimientos y las sensaciones de volar cuando estoy despierta, y sin embargo, no puedo volar cada vez que quiero. Mi cuerpo de ensueño siempre encuentra una barrera. Algunas veces la barrera cede; mi cuerpo es libre en esos momentos y yo puedo volar como si estuviera ensoñando.

Le dije a la Gorda que en mi caso don Juan me dio tres tareas para entrenar mi segunda atención. La primera era encontrar mis manos en mis ensueños. Después me recomendó que escogiera un sitio local, concentrara en él mi atención, y luego hiciera ensoñar en pleno día y averiguara si en verdad podía ir allí. Me sugirió que colocara en aquel sitio a una persona allegada a mí, de preferencia una mujer. Con esto obtendría dos cosas: primero, ella podría percibir cambios sutiles que pudiesen atestiguar que en verdad yo estaba allí en ensueños; y, segundo, ella podría observar detalles minúsculos y particulares del sitio, porque precisamente en esos se centraría mi segunda atención.

El problema más serio que a este respecto tiene el ensoñador es la fijeza inquebrantable de la segunda atención de detalles que pasarían completamente desapercibidos en la vida cotidiana, creando, de esa manera, un obstáculo casi invencible para la verificación. Lo que uno busca en ensueños no es aquello a lo que se le prestaría atención en la vida ordinaria.

Don Juan explicó que durante el período de aprendizaje uno batalla por inmovilizar la segunda atención. Subsecuentemente, uno tiene que batallar aún más para romper esa misma inmovilización. En ensueños uno tiene que satisfacerse con ojeadas muy breves, con vislumbres pasajeros. Tan pronto como uno enfoca algo, uno pierde control.

La tarea menos generalizada que don Juan me dio, consistía en salir de mi cuerpo. Yo lo había logrado en parte, y por cierto lo consideraré siempre como mi único verdadero logro en ensueños. Don Juan partió antes de que yo hubiera

perfeccionado la sensación de que podía manejar el mundo de los asuntos diarios mientras ensoñaba. Su partida interrumpió lo que yo pensé iba a ser un inevitable montaje de mi realidad de ensueños sobre el mundo de mi vida diaria.

Para elucidar el control de la segunda atención, don Juan presentó la idea de la voluntad. Dijo que la voluntad podía describirse como el máximo control de la luminosidad del cuerpo en cuanto a campo de energía, o podía describirse como un nivel de pericia, o un estado de ser al que llega abruptamente un guerrero en un momento dado. Se le experimenta como un fuerza que irradia de la parte media del cuerpo después de un momento del silencio más absoluto, o de un momento de terror puro, o de una profunda tristeza; pero no después de un momento de felicidad. La felicidad es demasiado trastornante para permitirle al guerrero la concentración requerida a fin de usar la luminosidad de su cuerpo y convertirla en silencio.

-El nagual me dijo que para un ser humano la tristeza es tan poderosa como el terror -dijo la Gorda-. La tristeza hace que un guerrero derrame lágrimas de sangre. Ambos pueden producir el momento de silencio. O el silencio viene por sí mismo, porque el guerrero lo persigue a lo largo de su vida.

-¿Tú has llegado a sentir ese momento de silencio? -le pregunté.

-Claro que sí lo he hecho, pero no puedo recordar cómo es -dijo-. Tú y yo lo hemos sentido antes y ninguno de los dos podemos recordar nada de eso. El nagual dijo que es un momento de negrura, un momento aún más silente que el momento de parar y cerrar el diálogo interno. Esa negrura, ese silencio, permite que surja el intento de dirigir la segunda atención, de dominarla, de obligarla a hacer cosas. Por eso se le llama voluntad. El intento y el efecto son la voluntad; el nagual dijo que las dos estaban unidas. Me dijo todo esto cuando yo trataba de aprender a volar en ensueños. El intento de volar produce el efecto de volar.

Le dije que yo ya casi había descartado la posibilidad de llegar a experimentar la voluntad.

-La experimentarás -dijo la Gorda-. El problema es que tú y yo no estamos lo suficiente afilados para saber qué es lo que nos está ocurriendo. No sentimos nuestra voluntad porque pensamos que debería ser algo de lo cual estamos seguros, como el hecho de enojarse, por ejemplo. La voluntad es muy silenciosa, no se nota. La voluntad pertenece al otro yo.

-¿Cuál otro yo, Gorda? -pregunté.

-Tú sabes de qué estoy hablando -respondió enérgicamente-. Cuando ensoñamos entramos en nuestro otro yo. Ya hemos entrado allí infinitas veces, pero todavía no estamos completos.

Un largo silencio tuvo lugar. Yo me dije que ella tenía razón al decir que aún no estábamos completos. Entendí que con eso ella quería decir que éramos meros aprendices de un arte inagotable. Pero entonces cruzó por mí mente la idea de que a lo mejor ella se refería a otra cosa. No se trataba de un pensamiento racional. En un principio sentí algo como una sensación punzante en mi plexo solar y después tuve la idea de que quizá ella se refería a otra cosa. Luego sentí la respuesta. Me llegó como un solo bloque, una especie de masa. Supe que todo un conjunto se hallaba allí, primero en la punta del esternón y después en mi mente. Mi problema era que no podía desenredar lo que sabía, con rapidez suficiente para verbalizarlo.

La Gorda no interrumpió mis procesos de pensamiento con comentarios o gestos. Estaba perfectamente callada, esperando. Parecía hallarse conectada internamente conmigo a tal punto que no teníamos que decir nada.

Sostuvimos este sentimiento de comunión del uno con el otro durante un momento y después éste nos avasalló a los dos. La Gorda y yo nos calmamos poco a poco. Finalmente, empecé a hablar. No era que yo necesitase reiterar lo que sentimos y supimos en común, lo que necesitaba era reestablecer nuestras bases de discusión. Le dije que yo sabía de qué manera estábamos incompletos, pero que no podía poner en palabras mi conocimiento.

-Hay tantas y tantas cosas que sabemos -dijo-. Y sin embargo, no podemos usar todo eso porque en realidad ignoramos cómo extraerlo de nosotros mismos. Tú ya empezaste a sentir esa presión. Yo la he tenido por años. Sé y al mismo tiempo no sé. La mayor parte del tiempo se me caen las babas y todo lo que digo es pura estupidez.

Yo entendí a qué se refería y lo entendí en un nivel físico. Yo sabía algo absolutamente práctico y evidente de la voluntad y de lo que la Gorda había llamado el otro yo, y, sin embargo, no podía emitir la menor palabra de lo que sabía, no porque fuera reservado o vergonzoso, sino porque ignoraba por dónde comenzar, cómo organizar mi conocimiento.

-La voluntad es un control de la segunda atención al que se le llama el otro yo -dijo la Gorda después de una larga pausa-. A pesar de todo lo que hemos hecho, sólo conocemos un pedacito muy pequeño del otro yo. El nagual dejó a

nuestro cargo el que completáramos nuestro conocimiento. Esa es nuestra tarea de recordar.

Se dio un golpe en la frente con la palma de su mano, como si algo hubiera llegado repentinamente a su mente.

-¡Dios santo! ¡Estamos recordando al otro yo! -exclamó, con su voz casi bordeando la histeria. Después se tranquilizó y habló en un tono más suave:- Evidentemente ya hemos estado allí y la única manera de recordarlo es como lo estamos haciendo, disparando nuestros cuerpos de ensueño mientras ensoñamos juntos.

-¿Qué quieres decir con eso de disparar nuestros cuerpos de ensueño? -le consulté.

-Tú mismo presenciaste cuando Genaro disparaba su cuerpo de ensueño -dijo-. Sale como si fuera una bala lenta; en realidad se pega y se despega del cuerpo físico con un chasquido fuerte. El nagual decía que el cuerpo de ensueño de Genaro podía hacer la mayor parte de las cosas que nosotros hacemos normalmente; él se dirigía a tí de esa manera para sacudirte. Ahora ya sé qué era lo que buscaban el nagual y Genaro. Querían que recordaras, y para lograrlo Genaro llevaba a cabo hazañas increíbles ante tus mismísimos ojos disparando su cuerpo de ensueño. Pero no sirvió de nada.

-Yo nunca supe que él se hallaba en su cuerpo de ensueño -dije.

-Nunca lo supiste porque no observabas nada -dijo-. Genaro trató de hacértelo saber intentando cosas que el cuerpo de ensueño no puede hacer, como comer, beber, y cosas por el estilo. El nagual me dijo que a Genaro le gustaba bromear contigo diciéndote que iba a cagar y hacer que temblaran las montañas.

-¿Por qué el cuerpo de ensueño no puede hacer esas cosas? -pregunté. -Porque el cuerpo de ensueño no puede manejar el intento de comer o de beber -respondió. -¿Qué quieres decir con eso, Gorda? -La gran hazaña de Genaro consistía en que en sus ensueños aprendió el intento de formar su cuerpo físico -

explicó-. El terminó lo que tú empezaste a hacer. El podía ensoñar todo su cuerpo de la más perfecta manera. Pero el cuerpo de ensueño tiene un intento diferente del intento del cuerpo físico. Por ejemplo, el cuerpo de ensueño puede atravesar una pared, porque conoce el intento de desaparecer en el aire. El cuerpo físico conoce el intento de comer, pero no el de desaparecer en el aire. Para el cuerpo físico de Genaro, traspasar una pared sería tan imposible como sería comer para su cuerpo de ensueño.

La Gorda calló durante unos instantes como si sopesara lo que acababa de decir. Yo quise esperar antes de formularle más preguntas.

-Genaro había dominado sólo el intento del cuerpo de ensueño -dijo con una voz suave-. Sílvio Manuel, por otra parte, era el máximo amo del intento. Ahora ya sé que no podemos recordar su cara porque él no era como cualquier otro.

-¿Qué te hace decir eso, Gorda? -pregunté.

Ella comenzó a explicarme lo que quería decir, pero no pudo hablar coherentemente. De pronto, sonrió. Sus ojos se iluminaron.

-¡Ya sé! -exclamó-. El nagual me dijo que Sílvio Manuel era el amo del intento porque estaba permanentemente en su otro yo. El era el verdadero jefe. Se hallaba detrás de todo lo que hacía el nagual. En realidad, él fue el que hizo que el nagual se encargara de tí.

Experimenté una aguda incomodidad física al oír a la Gorda decir eso. Casi acabé vomitando y tuve que hacer esfuerzos extraordinarios para ocultárselo. Tuve espasmos de vómito. Le dí la espalda. Ella dejó de hablar durante un instante y después procedió como si hubiera decidido ignorar mi estado. Me gritó. Dijo que ése era el momento de aclarar nuestros agravios. Me echó en cara mi resentimiento por lo que ocurrió en la ciudad de México. Añadió que mi rencor no se debía a que ella se hubiese puesto del lado de los otros aprendices en contra mía, sino porque ella los había ayudado a desenmascararme. Le expliqué que todos esos sentimientos se habían desvanecido en mí. Ella continuó inexorable. Sostuvo que a no ser que yo enfrentara esos sentimientos, éstos de alguna manera volverían a mí. Insistió en que mi afiliación con Sílvio Manuel era el meollo del asunto.

Yo no podía creer los cambios anímicos por los que pasé al oír sus argumentos. Me convertí en dos personas: una rabíaba, espumeando de la boca; la otra estaba calmada, observando. Tuve un último espasmo doloroso en mi estómago y vomité. No fue la sensación de náusea la que causó el espasmo. Más bien se trataba de una ira incontenible.

Cuando finalmente me calmé me sentí muy avergonzado de mi comportamiento y preocupado de que un incidente de esa naturaleza pudiera volver a ocurrirme en otra ocasión.

-Tan pronto como aceptes tu verdadera naturaleza, estarás libre del furor -dijo la Gorda en un tono impasible.

Quise discutir con ella, pero ví la futilidad que eso implicaba. Además, el ataque de ira había consumido mi energía. Me reí porque de hecho ignoraba qué haría yo en caso de que la Gorda estuviera en lo cierto. Se me ocurrió entonces que desde el momento en que yo había olvidado a la mujer nagual, todo era posible. Sentía una extraña sensación de calor o irritación en la garganta, como si hubiese ingerido comida picante. Tuve una sacudida de alarma corporal justo como si hubiera visto a alguien agazapado a mis espaldas, y en ese momento supe a ciencia cierta algo que un instante antes no sabía. La Gorda tenía razón. Sílvio Manuel había estado encargado de mí.

La Gorda rió estentóreamente cuando se lo dije. Añadió que ella también recordaba algo más de Sílvio Manuel.

-No me acuerdo de él como persona, como recuerdo a la mujer nagual -continuó-, pero sí me acuerdo de lo que el nagual me dijo de él.

-¿Qué te dijo? -pregunté.

-Dijo que mientras Sílvio Manuel estuvo en esta tierra era como Elígio. Desapareció una vez sin dejar huellas y se fue al otro mundo. Se fue por años, y un día regresó. El nagual decía que Sílvio Manuel no recordaba dónde había estado o qué había hecho, pero su cuerpo había cambiado. Había regresado al mundo, pero volvió en su otro yo.

-¿Qué más te dijo, Gorda? pregunté. -No me puedo acordar de más -respondió-. Es como si estuviera viendo a través de la niebla. Yo estaba seguro de que si nos esforzábamos duramente, averiguaríamos allí mismo quién era Sílvio Manuel. Se lo dije. -El nagual aseguraba que el intento está presente en todo -dijo la Gorda de repente. -¿Y eso qué quiere decir? -pregunté. -No sé -respondió-. Sólo estoy hablando lo que se me viene a la mente. El nagual también dijo que el intento

es lo que hace el mundo. Estaba seguro de haber oído antes eso mismo. Pensé que don Juan debió haberme dicho la misma cosa y

que yo la había olvidado. -¿Cuándo te habló de eso don Juan? -pregunté. -No recuerdo cuándo -respondió-. Pero me dijo que la gente, y todas las demás criaturas vivientes, por cierto,

es esclava del intento. Estamos en sus garras. Nos hace hacer todo lo que quiere. Nos hace actuar en el mundo. Incluso nos hace morir.

"Me dijo que cuando nos convertimos en guerreros, sin embargo, el intento se vuelve nuestro amigo. Nos deja ser libres por un rato. A veces incluso viene a nosotros, como si por ahí hubiera estado esperándonos. Me dijo que él

personalmente sólo era un amigo del intento. . . , no como Sílvio Manuel, que era su amo.

En mí había inmensas presiones de memorias ocultas que pugnaban por salir. Experimenté una tremenda frustración durante unos momentos y después algo en mí cedió. Me tranquilicé. Ya no me interesaba averiguar nada de Sílvio Manuel.

La Gorda interpretó mi cambio como un signo de que no nos hallábamos listos para confrontar nuestros recuerdos de Sílvio Manuel.

-El nagual nos mostró a todos nosotros lo que él podía hacer con su intento -dijo, abruptamente-. Podía hacer aparecer cosas llamando al intento.

"Me dijo que si yo quería volar, tenía que convocar el intento de volar. Me enseñó entonces cómo él convocaba, y saltó en el aire y se remontó haciendo un círculo, como un papalote gigantesco. O podía hacer que en su mano aparecieran cosas. Me dijo que conocía el intento de muchas cosas y que podía llamar a esas mismas cosas intentándolas. La diferencia entre él y Sílvio Manuel era que Sílvio Manuel, siendo el amo del intento, conocía el intento de todo.

Le dije que su explicación requería aclaraciones. Ella pareció luchar por arreglar las palabras en su mente.

-Yo aprendí el intento de volar -dijo-, repitiendo todas las sensaciones que había tenido volando en mis ensueños. Esto fue solamente un ejemplo. El nagual había aprendido en vida el intento de cientos de cosas. Pero Sílvio Manuel se fue a la fuente misma. La penetró. No tuvo que aprender el intento de nada. Era uno con el intento. El problema era que ya no tenía más deseos, porque el intento no tiene deseos por sí mismo, así es que tenía que depender del nagual para la voluntad. En otras palabras, Sílvio Manuel podía hacer todo lo que el nagual quería. El nagual dirigía el intento de Sílvio Manuel. Pero como el nagual tampoco tenía deseos, la mayor parte del tiempo no hacían nada.

VIII. LA CONCIENCIA DEL LADO DERECHO Y DEL LADO IZQUIERDO

Nuestra discusión sobre el ensoñar fue sumamente benéfica para nosotros, no sólo porque resolvió los obstáculos de nuestro ensoñar juntos, sino porque llevó los conceptos del ensoñar al nivel intelectual. Hablar de ellos nos tuvo ocupados; nos permitió hacer una pausa con el fin de mitigar nuestra agitación.

una noche que andaba de compras llamé a la Gorda desde una cabina telefónica. Me dijo que había estado en un almacén comercial y que había tenido la sensación de que yo estaba escondido detrás de unos maniqués de escaparate. Estaba tan segura de que yo le andaba jugando una broma que se puso furiosa conmigo. Se abalanzó por la tienda tratando de atraparme y hacerme saber su enojo. Luego se dio cuenta de que en realidad estaba recordando algo que ella acostumbraba hacer conmigo: tener un berrinche.

Al unísono, llegamos entonces a la conclusión de que era hora de volver a intentar el ensoñar juntos. Al decirlo, sentimos un optimismo renovado. Me fui a casa inmediatamente.

Entré muy fácilmente en el primer estado, vigilia en reposo. Tuve una sensación de placer corpóreo, un hormigueo que irradiaba de mi plexo solar y que se transformó en la idea de que obtendríamos grandes resultados. Esa idea se convirtió en una nerviosa anticipación. Me di cuenta de que mis pensamientos emanaban del hormigueo en la mitad de mi pecho. Sin embargo, en el momento en que centré mi atención en él, el hormigueo cesó. Era como una corriente eléctrica que yo podía conectar y desconectar.

El hormigueo se inició de nuevo, esta vez más pronunciado que antes, y de súbito me descubrí cara a cara con la Gorda. Era como si hubiera dado vuelta a una esquina para toparme con ella. Quedé absorto mirándola. Era tan absolutamente real, tan ella misma, que sentí la necesidad de tocarla. El efecto más puro, más sobrenatural por ella, brotó de mí en ese momento. Empecé a sollozar incontrolablemente.

Rápidamente, la Gorda trató de entrecruzar nuestros brazos para detener mi estallido, pero no pudo moverse en lo más mínimo. Miramos en torno nuestro. No había ningún cuadro fijo frente a nuestros ojos, ninguna imagen estática de ningún tipo. Tuve un discernimiento repentino y le dije a la Gorda que por estar mirándonos el uno al otro habíamos perdido la oportunidad de ver una escena de ensoñar. Sólo hasta después de que hube hablado me di cuenta de que nos hallábamos en una situación nueva. El sonido de mi voz me asustó. Era una voz extraña, áspera, desagradable. Me dio una sensación de irritación física.

La Gorda respondió que no habíamos perdido nada, que nuestra segunda atención había sido atrapada por algo extraño. Sonrió e hizo un gesto frunciendo la boca, una mezcla de sorpresa e irritación ante el sonido de su propia voz.

Encontré la novedad de hablar en ensueños fascinante. No era que estuviéramos ensoñando una escena en la cual hablaríamos, sino que de hecho conversábamos. Y esto requería un esfuerzo único, muy similar al esfuerzo que tuve que hacer en un principio al descender una escalera en ensueños.

Le pregunté si creía que el sonido de mi voz era chistoso. Ella asintió y no estentóreamente. El sonido de su risa me conmocionó. Recordé que don Genaro solía hacer los ruidos más extraños y aterradorizantes; la risa de la Gordá se hallaba en la misma categoría. Entonces experimenté el impacto de comprender que la Gordá y yo, espontáneamente, habíamos entrado en nuestros cuerpos de ensueño.

Quería tomarla de la mano. Lo intenté, pero no pude mover el brazo. Como ya tenía cierta experiencia de moverme en ese estado, me propuse ir al lado de la Gordá. Mi deseo era abrazarla, pero en vez de eso me desplazé hasta un punto tan próximo de ella que nos fundimos. Yo estaba consciente de mi individualidad, pero al mismo tiempo sentía que era parte de la Gordá. Esa sensación me gustó inmensamente.

Permanecimos fusionados hasta que algo rompió nuestro vínculo. Sentí un impulso de examinar el medio ambiente. Miré, y claramente recordé haberlo visto antes. Nos hallábamos rodeados de pequeños promontorios circulares que exactamente semejaban dunas de arena. Estas se hallaban en torno nuestro, en todas las direcciones, hasta donde se podía ver. Las dunas parecían estar hechas de algo que semejaba piedra arenisca de un tono amarillo pálido, o toscos gránulos de sulfuro. El cielo era del mismo color, muy bajo y opresivo. Había bancos de niebla amarillenta o algún tipo de vapor amarillo que pendía de ciertos sitios del cielo.

Entonces advertí que la Gordá y yo parecíamos respirar normalmente. Yo no podía sentir mi pecho con las manos, pero sí lograba sentirlo expandirse cuando inhalaba. Los vapores amarillos obviamente no eran dañinos para nosotros.

Empezamos a movernos al mismo tiempo, lenta, cuidadosamente, casi como si camináramos. Después de una breve distancia me sentí muy fatigado, y la Gordá también. Nos deslizábamos sobre el suelo y, al parecer, desplazarse de esa manera era muy fatigoso para nuestra segunda atención; requería un grado excesivo de concentración. No nos hallábamos imitando intencionalmente nuestra forma ordinaria de caminar, pero el efecto venía a ser casi el mismo. Movernos requería estallidos de energía, algo como

explosiones minúsculas, con pausas intermedias. Puesto que carecíamos de objetivo al movernos, finalmente nos tuvimos que detener.

La Gorda me habló con una voz tan desvanecida que apenas era audible. Dijo que nos hallábamos avanzando, como autómatas, hacia las regiones más pesadas, y que de continuar haciéndolo la presión resultaría tan grande que moriríamos.

Automáticamente dimos la vuelta y nos dirigimos por donde veníamos, pero la sensación de fatiga no cedió. Los dos estábamos tan agotados que ya no podíamos conservar nuestra posición erecta. Nos desplomamos y, espontáneamente, adoptamos la posición de ensoñar.

Desperté instantáneamente en mi estudio. La Gorda despertó en su recámara. Lo primero que le dije al despertar fue que ya había estado en ese paisaje baldío varias veces antes. Ya había visto cuando menos dos aspectos de él: uno perfectamente plano, el otro cubierto por pequeños promontorios redondos, como de arena. Al momento de hablar, me di cuenta de que ni siquiera me había molestado en confirmar si la Gorda y yo tuvimos la misma visión. Me contuve y le dije que me había dejado llevar por mi propia excitación; había procedido como si comparara notas de un viaje de vacaciones con ella.

-Ya es muy tarde para ese tipo de plática entre nosotros -dijo, con un suspiro-, pero si eso te hace feliz, te diré lo que vi.

Pacientemente me describió todo lo que había visto, dicho y hecho. Añadió que ella también había estado en ese lugar desierto con anterioridad, y que estaba completamente segura de que se trataba del espacio entre el mundo que conocemos y el otro mundo.

-Es la zona entre las líneas paralelas -continuó-. Podemos ir ahí en ensueños: Pero para poder abandonar este mundo y llegar al otro, el que está más allá de las líneas paralelas, tenemos que recorrer esa zona con nuestros propios cuerpos.

Sentí un escalofrío al pensar que entraríamos en ese sitio yermo con nuestros propios cuerpos. -Tú y yo hemos estado juntos ahí antes, con nuestros cuerpos -continuó la Gorda-. ¿No te acuerdas? Le dije que todo lo que podía recordar era haber visto ese paisaje dos veces bajo la guía de don Juan. Las dos veces, yo había descartado la experiencia porque ésta había sido producida mediante la ingestión de plantas alucinógenas. Siguiendo los dictados de mi intelecto, las había considerado como visiones privadas y no

como experiencias consensuales. No recordaba haber visto ese paisaje en ninguna otra circunstancia.

-¿Cuándo fue que tú y yo fuimos allí con nuestros cuerpos? -pregunté.

-No sé -dijo-. Me llegó un vago recuerdo de eso justo cuando tú mencionaste haber estado ahí antes. Creo que ahora te toca a tí ayudarme a terminar lo que ya he comenzado a recordar. Aún no lo puedo enfocar, pero sí recuerdo que Silvío Manuel nos llevó, a la mujer nagual, a tí y a mí a ese lugar tan desolado. Pero no recuerdo por qué nos llevó ahí. No estábamos ensoñando.

No la escuché más, aunque ella seguía hablando. Mi mente había comenzado a perfilarse hacia algo aún desarticulado. Luché por poner en orden mis pensamientos, pues éstos vagaban a la deriva. Durante unos instantes sentí que había retornado años atrás, a una época en que no podía detener mi diálogo interno. Entonces la niebla comenzó a despejarse. Mis pensamientos se ordenaron por sí mismos sin mi dirección consciente, y el resultado fue el recuerdo completo de un evento que ya había logrado recordar parcialmente en uno de esos relampagueos desarticulados de recuerdos que solía tener. La Gorda tenía razón, una vez habíamos sido llevados a una región que don Juan llamaba "el limbo", evidentemente basándose en los dogmas religiosos. Supe que la Gorda también tenía razón al decir que no habíamos estado ensoñando.

En esa ocasión, a petición de Silvío Manuel, don Juan congregó a la mujer nagual, a la Gorda y a mí. Me dijo que nos había convocado porque sin saber cómo, yo había entrado en un receso especial de la conciencia, que era el centro de la más aguda atención. Yo había ya llegado previamente a ese estado, al que don Juan llamaba "el lado izquierdo izquierdo", pero muy brevemente, y siempre guiado por él. Uno de los rasgos principales, y el que tenía el valor más grande para todos los que nos hallábamos involucrados con don Juan, era que en ese estado podíamos percibir un colosal banco de vapor amarillento, algo que don Juan llamaba "la pared de niebla". Cada vez que yo podía percibirla, ésta se hallaba siempre a mi derecha, extendiéndose hasta el horizonte y, por lo alto, hacia el infinito, dividiendo en dos al mundo. La pared de niebla solía desplazarse ya fuese a la izquierda o la derecha, según yo volviese mi cabeza; parecía no haber modo de enfrentarla.

En aquel día, tanto don Juan como Silvío Manuel me habían hablado de la pared de niebla. Recordé que cuando terminó de hablar Silvío Manuel tomó a la Gorda de la nuca, como si fuera una gatita, y desapareció con ella dentro del banco de niebla. Yo sólo tuve una fracción de segundo para presenciar su

desaparición, porque don Juan de alguna manera había logrado hacer que yo enfrentase la pared. No me tomó de la nuca, sino que me empujó adentro de la niebla; y de inmediato me encontré mirando esa planicie desolada. Don Juan, Sílvio Manuel, la mujer nagueal y la Gorda también se hallaban allí. No tomé en cuenta qué era lo que estaban haciendo. Me preocupaba una sensación que experimentaba, una opresión de lo más desagradable y amenazador. Percibí que me hallaba en el interior de una caverna sofocante, amarilla, de techos bajos. La sensación física de presión se volvió tan avasalladora que ya no pude seguir respirando. Era como si todas mis funciones físicas se hubiesen detenido. No podía sentir ninguna parte de mi cuerpo. Y sin embargo, me podía mover, caminar, extender los brazos, girar la cabeza. Puse mis manos en los muslos: no había sensación en mis muslos ni en las palmas de mis manos.

Mis piernas y brazos se hallaban allí visiblemente, pero no eran palpables. Movido por el infinito terror que experimentaba, tomé a la mujer nagueal de un brazo y la hice perder el equilibrio. Pero no fue mi fuerza muscular lo que la empujó. Era una energía que no estaba almacenada en mis músculos o en el armazón óseo, sino en el mismo centro de mí.

Se me antojó poner a funcionar otra vez esa energía y prendí a la Gorda. Ella se meció a causa de la fuerza de mi jalón. Entonces comprendí que la energía que me permitía moverla emanaba de una protuberancia que se hallaba equilibrada en el punto central de mi cuerpo. Eso la empujaba y jalaba como lo haría un tentáculo.

Ver y comprender todo eso me tomó sólo un instante. Al momento siguiente de nuevo me hallaba en el mismo estado de angustia y terror. Miré a Sílvio Manuel con una muda súplica de ayuda. La manera como me devolvió la mirada me convenció de que yo estaba perdido. Sus ojos eran fríos e indiferentes. Don Juan me dio la espalda y yo me sacudía desde mi interior con un terror que rebasaba mi comprensión. Pensé que la sangre de mi cuerpo se hallaba en ebullición, no porque sintiese calor, sino porque una presión interior crecía hasta el punto de estallar.

Don Juan me ordenó que me calmara y que me abandonara a mi muerte. Dijo que yo me iba a quedar allí hasta que muriese y que tenía la posibilidad de morir apaciblemente si hacía un esfuerzo supremo y dejaba que el terror me poseyese; o podía morir en agonía, si elegía combatirlo.

Sílvio Manuel me habló, algo que muy raramente hacía. Dijo que la energía que yo necesitaba para aceptar mi terror se hallaba en mi parte media, y que la única manera de triunfar era doblegándome, rindiéndome sin rendirme.

La mujer nagual y la Gorda estaban en perfecta calma. Yo era el único que agonizaba allí. Sílvio Manuel dijo que me hallaba desperdiciando tanta energía que mi fin era cuestión de momentos, y que yo podía considerarme ya muerto. Don Juan le hizo una seña a la mujer nagual y a la Gorda para que lo siguieran. Ellas me dieron la espalda. Ya no pude ver qué más hicieron. Sentí una vibración poderosa recorriéndome. Supuse que era el estertor de mi muerte; mi lucha había concluido. Ya no me preocupé más. Cedí al incommensurable terror que me estaba matando. Mi cuerpo, o la configuración que yo consideraba mi cuerpo, se calmó, se abandonó a la muerte. Cuando dejé que el terror entrara en mí, o quizá que saliera de mí, sentí y ví un tenue vapor -una mancha blancuzca contra los alrededores amarillo-sulfurosos- que abandonaba lo que yo creía que era mi cuerpo.

Don Juan regresó a mi lado y me examinó con curiosidad. Sílvio Manuel se alejó y volvió a tomar a la Gorda de la nuca. Claramente lo ví echándola, como si fuera una gigantesca muñeca de trapo, dentro del banco de niebla. Después él mismo se introdujo allí y desapareció.

La mujer nagual hizo un gesto como invitándome a acercarme. Me volví hacia ella, pero, antes de que pudiera alcanzarla, don Juan me dio un poderoso empujón que me lanzó a través de la espesa niebla amarilla. No trastabillé, sino que planeé a través del banco y terminé cayendo de cabeza en el suelo del mundo de todos los días.

La Gorda recordó todo esto conforme yo se lo narraba. Luego, agregó más detalles.

-La mujer nagual y yo no temíamos por tu vida -aseguró-. El nagual ya nos había dicho que tú tenías que ser forzado a abandonar tus defensas, eso no era nuevo. Todo guerrero hombre tiene que ser forzado mediante el miedo.

"Sílvio Manuel ya me había llevado tres veces antes al otro lado de la pared, para que yo aprendiera a sosegarme. Dijo que si tú me veías tranquila, eso te afectaría, y así fue. Tú te abandonaste y te apaciguaste.

-¿Te dio mucho trabajo a tí también aprender a calmarte? -pregunté.

-No. Eso es fácil para una mujer -respondió-. Esa es la ventaja que tenemos. El único problema es que alguien nos tiene que transportar a través de la niebla. Nosotras no podemos hacerlo solas.

-¿Por qué no, Gorda? -pregunté.

-Se necesita ser pesado para atravesar la niebla, y una mujer es liviana -dijo-. Demasiado liviana, en realidad.

-¿Y la mujer nagual? Yo no ví que nadie la transportara -dije.

-La mujer nagual era especial -aseguró la Gorda-. Ella sí podía hacer todo por sí misma. Me podía llevar allá, o llevarte a tí. Incluso podía atravesar toda esa planicie desierta, algo que el nagual dijo que era obligatorio para todos los viajeros que se aventuraban en lo desconocido.

-¿Y por qué fue conmigo allá la mujer nagual? -le pregunté.

-Sívio Manuel nos llevó para apoyarte -dijo-. El creía que tú necesitabas la protección de dos mujeres y de dos hombres que te flanquearan. Sívio Manuel creía que necesitabas ser protegido de las entidades que rodean y acechan en ese lugar. Los aliados vienen de esa planicie desierta. Y otras cosas aún más feroces.

-¿A tí también te protegieron? -pregunté.

-Yo no necesito protección -respondió-. Soy mujer. Estoy libre de todo eso. Pero todos creíamos que tú te hallabas en un aprieto terrible. Tú eras el nagual, pero un nagual muy estúpido. Creíamos que cualquiera de esos feroces aliados, o demonios si prefieres llamarlos así, podía haberte despanzurrado, o desmembrado. Eso fue lo que dijo Sívio Manuel. Nos llevó para que flanqueáramos tus cuatro esquinas. Pero lo más chistoso era que ni el nagual ni Sívio Manuel sabían que en realidad no nos necesitabas. Lo que era dable era que tú tenías que caminar muchísimo hasta que perdieras tu energía. Entonces Sívio Manuel te iba a asustar señalándote los aliados y convocándolos para que se te vinieran encima. El y el nagual planeaban ayudarte poco a poquito. Esa es la regla. Pero algo salió mal. Al instante en que llegaste ahí, te volviste loco. No te habías movido ni un centímetro y ya te estabas muriendo. Estabas muerto de susto y ni siquiera habías visto a los aliados.

"Sívio Manuel me contó que no sabía qué hacer, así es que te dijo al oído lo último que se proponía decirte: que cedieras, que te rindieras sin rendirte. Tú solito te sosegaste y ellos no tuvieron que hacer nada de lo que habían planeado. Al nagual y a Sívio Manuel ya no les quedó otra cosa sino sacarme de ahí.

Le dije a la Gorda que cuando me encontré de nuevo en el mundo había alguien de pie junto a mí que me ayudó a levantarme. Eso era todo lo que podía recordar.

-Estábamos en casa de *Silvio Manuel* -aclaró ella-. Ahora ya puedo recordar muchas cosas de esa casa. Alguien me dijo, no sé quién, que *Silvio Manuel* encontró la casa y la compró porque había sido construida en un sitio de poder. Pero alguien más dijo que *Silvio Manuel* encontró la casa, le gustó, la compró, y después trajo el poder a ella. Yo en lo personal creo que *Silvio Manuel* trajo el poder. Creo que su impecabilidad sostuvo el poder en esa casa todo el tiempo en que él y sus compañeros vivieron allí.

"Cuando era hora de que ellos se fueran, el poder del lugar se desvaneció con ellos, y la casa se convirtió en lo que había sido antes de que *Silvio Manuel* la encontrara: una casa común y corriente.

En tanto *La Gorda* hablaba, mi mente parecía aclararse mucho más, pero no lo suficiente para revelarme lo que nos sucedió en esa casa, eso que me había llenado de tanta tristeza. Sin saber por qué, estaba seguro de que tenía que ver con la mujer nágual. ¿Dónde estaba ella?

La Gorda no respondió cuando se lo pregunté. Un largo silencio tuvo lugar. Ella se excusó, diciendo que tenía que hacer el desayuno; ya era de mañana. Me dejó solo, con una lugubrez y una dolorosísima melancolía. La llamé. Ella se enojó y tiró sus cacerolas al suelo. Entendí muy bien por qué lo hacía. En otra sección de ensoñar juntos penetramos aún más profundamente en lo intrincado de la segunda atención. Esto tuvo lugar unos cuantos días después. *La Gorda* y yo, sin ninguna expectativa o esfuerzo al respecto, nos encontramos juntos de pie. Tres o cuatro veces ella intentó, en vano, entrecruzar su antebrazo con el mío. Me habló, pero lo que decía me era incomprendible. Sin embargo, supe que ella explicaba que nuevamente nos hallábamos en nuestros cuerpos de ensueño. *La Gorda* me advertía que todo movimiento nuestro debería de surgir de nuestras partes medias.

Como en nuestro intento anterior, ninguna escena de ensoñar se presentó a fin de que la examináramos, pero me pareció reconocer un local concreto que yo había visto en mis ensueños casi todos los días durante un año: se trataba del valle del tigre dientes de sable.

Camínamos unos cuantos metros. Esta vez nuestros movimientos no fueron violentos o explosivos. En realidad camínamos con nuestros vientres, sin ningún tipo de acción muscular. El aspecto más violento era mi falta de práctica; era como la primera vez que monté en bicicleta. Fácilmente me cansé y perdí el ritmo, me volví titubeante e inseguro de mí mismo. Nos detuvimos. *La Gorda* también se había desincronizado.

Empezamos a examinar lo que nos rodeaba. Todo tenía una realidad indísputable, al menos para el ojo. Nos encontrábamos en una zona rugosa con una extraña vegetación. No pude identificar los raros arbustos que ví. Parecían árboles pequeños, de un metro y medio de alto. Tenían muy pocas hojas que eran planas y gruesas, de un color verdoso, y flores enormes, cautivantes, de color marrón oscuro con franjas de oro. Los tallos no eran maderosos, sino que parecían ligeros y flexibles, como junquillos; se hallaban cubiertos de espinas largas, que semejaban formidables agujas. Algunas plantas viejas que se habían secado y caído al suelo me hacían tener la impresión de que los tallos eran huecos.

El suelo era muy oscuro, como si estuviera húmedo. Traté de inclinarme para tocarlo, pero no pude moverme. La Gorda me indicó con una seña que utilizara la parte media de mi cuerpo. Cuando lo hice no tuve que inclinarme para tocar el suelo; había algo en mí que era como un tentáculo con capacidad de sentir. Pero yo no podía reconocer lo que me hallaba sintiendo. No había cualidades táctiles en particular sobre las cuales establecer distinciones. El suelo que tocaba parecía ser un núcleo visual en mí. Me sumergí entonces en un dilema intelectual. ¿Por qué el ensoñar parecía ser el producto de mi facultad visual? ¿Se debía a la preponderancia de lo visual en la vida de todos los días? Mis preguntas no tenían significado. No había posibilidad de responderlas, y todas esas interrogantes sólo debilitaban mi segunda atención.

La Gorda rompió mis reflexiones dándome un empujón. Experimenté una sensación que era como de un golpe. Un temblor me recorrió. La Gorda señaló adelante de nosotros. Como siempre, el tigre dientes de sable yacía en el arrecife donde siempre lo había visto. Nos aproximamos hasta que nos hallamos a unos metros del arrecife y tuvimos que alzar nuestras cabezas para ver al tigre. Nos detuvimos. El tigre se incorporó. Su tamaño era estupendo, especialmente su anchura.

Supe que la Gorda quería que nos escabulléramos en torno al tigre hasta llegar al otro lado de la colina. Yo quería decirle que eso podría ser peligroso, pero no pude hallar una manera de transmitirle el mensaje. El tigre parecía iracundo, excitado. Se apoyó en las patas traseras, como si se preparara asaltar sobre nosotros. Yo estaba aterrorizado.

La Gorda se volvió hacia mí, sonriendo. Comprendí que me decía que no sucumbiera al pánico, porque el tigre solo era una imagen fantasmagórica. Con un movimiento de la cabeza, me instó a seguir adelante. Y sin embargo,

en un nivel imprecisable, yo sabía que el tigre era una entidad, quizá no en el sentido concreto de nuestro mundo cotidiano, pero no obstante real. Y como la Gorda y yo estábamos ensoñando, habíamos perdido nuestra propia concreción en el mundo. En ese momento estábamos al parejo que el tigre: nuestra existencia era fantasmagórica igualmente.

Avanzamos otro paso ante la regañona insistencia de la Gorda. El tigre saltó del arrecife. Ví su enorme cuerpo surcando el aire, viniendo hacia mí directamente. Perdí la sensación de que me hallaba ensoñando: para mí, el tigre era real y yo iba a ser despedazado. Una barrera de luces, imágenes y los colores primarios más intensos que haya llegado a ver relampagueó en todo mi entorno. Desperté en mi estudio.

La Gorda y yo después llegamos a ser expertos en ensoñar juntos. Yo tenía la certeza de que logramos esto gracias a nuestro desapego, al hecho de que ya no teníamos tanta premura. El resultado de nuestros esfuerzos no era lo que nos ímpelía a actuar. Más bien se trataba de una compulsión ulterior que nos daba el ímpetu para actuar ímpecablemente sin pensar en recompensas. Todas nuestras sesiones fueron tan fáciles como la primera, aunque era mayor la velocidad y la naturalidad con la cual entrábamos en la segunda fase de ensoñar, la vigilia dinámica.

Nuestra habilidad era tal, que ensoñábamos juntos cada noche. Sin ninguna intención de parte nuestra, los ensueños se concentraron al azar en tres áreas: en las dunas de arena, en el medio ambiente del tigre dientes de sable y, lo más importante, en acontecimientos de nuestro pasado que habíamos olvidado del todo.

Cuando las escenas que confrontábamos tenían que ver con eventos olvidados en los cuales la Gorda y yo desempeñamos un papel importante, ella no tenía dificultad en entrelazar su brazo con el mío. Ese acto me daba una irracional sensación de seguridad. La Gorda me explicó que ahuyentaba la soledad inquebrantable que produce la segunda atención. Dijo que entrecruzar los brazos propicia un ánimo de objetividad, y, como resultado, ambos podíamos contemplar las actividades que tenían lugar en cada escena. A veces formábamos parte de las actividades. Otras veces contemplábamos la escena objetivamente como si estuviéramos en un cine.

Según la Gorda, la mayor parte de nuestro ensoñar juntos se agrupaba en tres categorías. La primera, y por cierto la más vasta, era una reactuación de acontecimientos que habíamos vivido juntos. La segunda era un escrutinio

que nosotros dos hacíamos de sucesos que solamente yo había "vivido": la tierra del tigre dientes de sable se hallaba en esta categoría. La tercera era una visita real en un dominio que existía tal como lo presenciábamos en el momento de nuestra visita. La Gorda sostenía que esos promontorios amarillos se hallaban presentes aquí y ahora, y que ésa es la manera como los ve el guerrero que viaja entre ellos.

Yo quería discutir una cuestión con ella. Ambos habíamos tenido misteriosas relaciones con gente a la que habíamos olvidado por razones inconcebibles para nosotros; pero era gente a la que, no obstante, habíamos en realidad conocido. El tigre dientes de sable, por otra parte, era una criatura propia de mi ensueño. Me era imposible concebir a uno y al otro en la misma categoría:

Antes de que pudiera expresar mis pensamientos, recibí su respuesta. Era como si ella en verdad se encontrara en el interior de mi mente, leyéndola como si fuera un texto.

-Pertenece a la misma clase -dijo, y rió nerviosamente-. No podemos explicar por qué hemos olvidado todo eso, o cómo es que ahora lo recordamos. No podemos explicar nada. El tigre dientes de sable está ahí, en alguna parte. Nunca sabremos dónde. Pero ¿por qué preocuparnos por una inconciencia inventada? Decir que una cosa es una realidad y que la otra es un ensueño no tiene ningún significado para el otro yo.

Para la Gorda y para mí ensoñar juntos llegó a ser un medio de alcanzar un mundo inimaginado de recuerdos ocultos. Ensoñar juntos nos permitió acordarnos de acontecimientos que no podíamos recordar a través de nuestra memoria usual y corriente. Cuando los reexaminábamos en nuestras horas de vigilia, recuerdos aún más elaborados se desencadenaban. De esta manera desenterramos, por así decirlo, masas de recuerdos que habían estado escondidos en nosotros. Nos tomó casi dos años de esfuerzo prodigioso y de concentración llegar a una mínima comprensión de lo que nos había sucedido.

Don Juan nos dijo que un ser humano está dividido en dos. El lado derecho, que es llamado el tonal, abarca todo lo que el intelecto es capaz de concebir. El lado izquierdo, llamado el nagual es un dominio de rasgos indescriptibles; un dominio que es imposible de contener en palabras. El lado izquierdo quizás es comprendido, si comprensión es lo que tiene lugar, con la totalidad del cuerpo, de allí su resistencia a la conceptualización.

Don Juan también nos había dicho que todas las facultades, posibilidades y logros de la brujería, desde lo más simple hasta lo más sorprendente; se halla en el cuerpo humano mismo.

Tomando como base los conceptos de que nos hallamos divididos en dos y de que todo se encuentra en el cuerpo mismo, La Gorda propuso una explicación de nuestros recuerdos. Ella creía que durante los años de nuestra asociación con el nagual Juan Matus, nuestro tiempo se hallaba dividido entre estados de conciencia normal, en el lado derecho, el tonal, donde prevalece la primera atención, y estados de conciencia acrecentada, en el lado izquierdo, el nagual, o el sitio de la segunda atención.

La Gorda creía que los esfuerzos del nagual Juan Matus tenían como objetivo conducirnos al otro yo por medio del autocontrol de la segunda atención a través del ensoñar. Sin embargo, don Juan también nos puso en contacto directo con la segunda atención mediante una manipulación corporal. La Gorda recordaba que él la forzaba a pasar de un lado al otro ya fuese oprimiendo o masajeándole la espalda. Decía que a veces incluso le daba un buen golpe en el omóplato derecho. El resultado era que ella entraba en un extraordinario estado de claridad. La Gorda creía que en ese estado todo se movía con mayor celeridad, y sin embargo nada en el mundo había sido cambiado.

Semanas después de que la Gorda me había dicho esto, recordé que a mí me había ocurrido lo mismo. En un momento dado, don Juan me daba un golpe en la espalda. Yo siempre sentí ese golpe en la espina, en medio y arriba de mis omóplatos. Una claridad extraordinaria me poseía luego. El mundo era el mismo pero más nítido. Todo se realizaba por sí mismo. Quizás se trataba de que mis facultades de razonamiento eran nubladas mediante el golpe de don Juan, y eso me permitía percibir sin ellas.

Yo permanecía con esa claridad indefinidamente, o hasta que don Juan me daba otro golpe en el mismo sitio para hacerme volver a mi estado normal de conciencia. Don Juan nunca me empujó o me masajeó. Siempre me dio un golpe directo y fuerte, no como el golpe de un puño, sino más bien un impacto que me quitaba el aliento por instantes. Yo tenía que respirar entrecortadamente, inhalar largas y rápidas bocanadas de aire hasta que de nuevo podía respirar normalmente.

La Gorda reportó el mismo efecto: todo el aire era expulsado de sus pulmones mediante el golpe del nagual y ella tenía que aspirar más de la cuenta para poder llenarlos nuevamente. La Gorda creía que la respiración era el factor

decisivo. En su opinión las inhalaciones de aire que ella se veía forzada a hacer después de ser golpeada eran las que acrecentaban la conciencia. No podía, sin embargo, explicar de qué manera la respiración afectaba su percepción y su conciencia. La Gorda también explicó que a ella no se le tenía que golpear para hacerla volver a su estado normal. Ella volvía mediante sus propios medios, sin saber cómo.

Sus observaciones me parecieron pertinentes. Cuando niño, e incluso ya de adulto, ocasionalmente había quedado sin aliento al caer de espaldas. Pero el efecto del golpe de don Juan, aunque me dejaba sin aliento, no era semejante de ninguna manera. No había dolor, y en cambio me aportaba una sensación imposible de describir. Lo más cercano a lo que puedo llegar sería decir que creaba en mí un sentimiento como de sequedad. Los golpes en la espalda parecían reseca mis pulmones y nublar todo lo demás. Después, como la Gorda había observado, todo lo que después del golpe del nagual se había vuelto neblinoso, adquiría una nitidez cristalina en cuanto respiraba, como si la respiración fuese el catalizador, el factor determinante.

Lo mismo me ocurría cuando regresaba a la conciencia de todos los días. El aire era expelido de mí, el mundo que contemplaba se volvía borroso y después se aclaraba cuando llenaba los pulmones.

Otro rasgo de esos estados de conciencia acrecentada era la riqueza incomparable de la interacción personal, una riqueza que nuestros cuerpos comprendían como una sensación de velocidad. Nuestro movimiento de ida y vuelta entre el lado derecho y el izquierdo nos facilitaba discernir que en el lado derecho se consume demasiada energía y demasiado tiempo en las acciones e interacciones de la vida diaria. En el lado izquierdo, por otra parte, existe una necesidad inherente de economía y velocidad.

La Gorda no podía describir lo que en realidad era esta velocidad, ni yo tampoco. Lo mejor que podría hacer sería decir que en el lado izquierdo yo podía comprender el significado de las cosas con precisión, directamente. Cada faceta de actividad se hallaba libre de preliminares o introducciones. Yo actuaba y descansaba; avanzaba y retrocedía sin ninguno de los procesos de pensamiento que me son usuales. Esto era lo que la Gorda y yo entendíamos por velocidad.

La Gorda y yo discernimos en un momento dado que la riqueza de nuestra percepción en el lado izquierdo era una comprensión post-facto. Nuestra interacción parecía ser rica a la luz de nuestra capacidad de recordarla. Nos dimos cuenta entonces de que en esos estados de conciencia acrecentada

habíamos percibido todo de un solo golpe, una masa bultosa de detalles inexplicables. A esta habilidad de percibir todo de un solo golpe le llamamos intensidad. Durante años había sido imposible para nosotros examinar las distintas partes que componían esas experiencias; no habíamos podido sintetizar esas partes en una secuencia que tuviera significado para el intelecto. Puesto que éramos incapaces de efectuar esas síntesis, no podíamos recordar. Nuestra incapacidad para recordar, en realidad era la incapacidad de poner sobre una base lineal la memoria de nuestra percepción. No podíamos extender, por así decirlo, nuestras experiencias a fin de arreglarlas en un orden de sucesión. Las experiencias estuvieron siempre a nuestro alcance, pero al mismo tiempo era imposible restaurarlas, pues se hallaban bloqueadas por una muralla de intensidad.

La tarea de recordar, entonces, propiamente, consistía en unir los lados izquierdo y derecho, de reconciliar esas dos formas distintas de percepción en un todo unificado. La tarea de consolidar la totalidad de uno mismo se efectuaba mediante el reacomodo de la intensidad en una secuencia lineal.

Se nos ocurrió que las actividades en las que recordábamos haber tomado parte, quizá no tomaron mucho tiempo en llevarse a cabo en términos de tiempo medido por reloj. Por razón de poder, en esas circunstancias, al percibir en términos de intensidad, pudimos sólo haber tenido la sensación de extensos pasajes de tiempo. La Gorda creía que si pudiéramos reorganizar la intensidad en una secuencia lineal, creeríamos haber vivido miles de años.

El paso pragmático que don Juan tomó para auxiliarnos en nuestra tarea de recordar consistió en hacernos interactuar con cierta gente cuando nos hallábamos en un estado de conciencia acrecentada. El tenía mucho cuidado en impedirnos ver a esa gente cuando nos hallábamos en un estado normal de conciencia, creando de esta manera las condiciones apropiadas para recordar.

Al completar nuestros recuerdos, la Gorda y yo entramos en un estado insólito. Teníamos detallado conocimiento de interacciones sociales que habíamos compartido con don Juan y sus compañeros. Estos no eran recuerdos del modo como yo recordaría un episodio de mi niñez; eran recuerdos más que vívidos de acontecimientos que podíamos revivir paso a paso. Reprodujimos conversaciones que parecían reverberar en nuestros oídos, como si las estuviéramos escuchando. Los dos pensamos que no era superfluo especular sobre lo que nos estaba ocurriendo. Lo que estábamos

recordando, desde el punto de vista de nuestra experiencia inmediata, tenía lugar ahora. Tal era, el carácter de nuestro recuerdo.

Por fin la Gorda y yo pudimos resolver las interrogantes que nos habían impulsado tan duramente. Recordamos quién era la mujer nagueal, cómo encajaba entre nosotros, cuál había sido su papel. Dedujimos, más que recordamos, que habíamos pasado iguales porciones de tiempo con don Juan y don Genaro en estados normales de conciencia, y con don Juan y sus demás compañeros en estados de conciencia acrecentada. Recapturamos cada matiz de esas interacciones, que habían sido veladas por la intensidad.

Después de una cuidadosa revisión de lo que habíamos descubierto, comprendimos que apenas habíamos establecido un minúsculo puente entre los dos lados de nosotros mismos. Nos volvimos entonces a otros temas, a nuevas interrogantes que habían tomado precedencia sobre las antiguas. Había tres temas, tres preguntas que resumían todas nuestras preocupaciones. ¿Quién era don Juan y quiénes eran sus compañeros? ¿Qué nos habían hecho? Y, ¿a dónde se habían ido todos ellos?

Chapter 7. 'Dreaming' Together (Carlos Castaneda)



One day, in order to alleviate our distress momentarily, I suggested that we immerse ourselves in dreaming. As soon as I voiced my suggestion, I became aware that a gloom which had been haunting me for days could be drastically altered by willing the change. I clearly understood then that the problem with la Gorda and myself had been that we had unwittingly focused on fear and distrust, as if those were the only possible options available to us, while all along we had had, without consciously knowing it, the alternative of deliberately centering our attention on the opposite; the mystery, the wonder of what had happened to us.

I told la Gorda my realization. She agreed immediately. She became instantly animated, the pall of her gloom dispelled in a matter of seconds.

"What kind of dreaming do you propose we should do?" she asked. "How many kinds are there?" I asked.

"We could do dreaming together," she replied. "My body tells me that we have done this already. We have gone into dreaming as a team. It'll be a cinch for us- as it was for us to see together."

"But we don't know what the procedure is to do dreaming together," I said.

"We didn't know how to see together and yet we saw," she said. "I'm sure that if we try we can do it, because there are no steps to anything a warrior does. There is only personal power. And right now we have it."

"We should start out dreaming from two different places as far away as possible from each other. The one who goes into dreaming first waits for the

other. Once we find each other, we interlock our arms and go deeper in together."

I told her that I had no idea how to wait for her if I went into dreaming ahead of her. She herself could not explain what was involved, but she said that to wait for the other dreamer was what Josefina had described as 'snatching' them. La Gorda had been snatched by Josefina twice.

"The reason Josefina called it snatching was because one of us had to grab the other by the arm," she explained.

She demonstrated then a procedure of interlocking her left forearm with my right forearm by each of us grabbing hold of the area below each other's elbows.

"How can we do that in dreaming?" I asked. I personally considered dreaming one of the most private states imaginable.

"I don't know how, but I'll grab you," La Gorda said. "I think my body knows how. The more we talk about it, though, the more difficult it seems to be."

We started off our dreaming from two distant locations. We could agree only on the time to lie down since the entrance into dreaming was something impossible to prearrange. The foreseeable possibility that I might have to wait for La Gorda gave me a great deal of anxiety, and I could not enter into dreaming with my customary ease.

After some ten to fifteen minutes of restlessness I finally succeeded in going into a state I call restful vigil.

Years before, when I had acquired a degree of experience in dreaming, I had asked don Juan if there were any known steps which were common to all of us. He had told me that in the final analysis every dreamer was different.

But in talking with La Gorda I discovered such similarities in our experiences of dreaming that I ventured a possible classificatory scheme of the different stages.

Restful vigil is the preliminary state; a state in which the senses become dormant and yet one is aware. In my case, I had always perceived in this state a flood of reddish light; a light exactly like what one sees facing the sun with the eyelids tightly closed.

The second state of dreaming I called dynamic vigil. In this state the reddish light dissipates, as fog dissipates, and one is left looking at a scene, a tableau of sorts, which is static. One sees a three-dimensional picture, a frozen bit of something, a landscape, a street, a house, a person, a face, or anything.

I called the third state passive witnessing. In it the dreamer is no longer viewing a frozen bit of the world but is observing; eyewitnessing an event as it occurs. It is as if the primacy of the visual and auditory senses makes this state of dreaming mainly an affair of the eyes and ears.

The fourth state was the one in which I was drawn to act. In it one is compelled to enterprise; to take steps; to make the most of one's time. I called this state dynamic initiative.

La Gorda's proposition of waiting for me had to do with affecting the second and third states of our dreaming together. When I entered into the second state, dynamic vigil, I saw a dreaming scene of don Juan and various other persons, including a fat Gorda.

Before I even had time to consider what I was viewing, I felt a tremendous pull on my arm and I realized that the 'real' Gorda was by my side. She was to my left and had gripped my right forearm with her left hand. I clearly felt her lifting my hand to her forearm so that we were gripping each other's forearms.

Next, I found myself in the third state of dreaming, passive witnessing. Don Juan was telling me that I had to look after La Gorda and take care of her in a most selfish fashion- that is, as if she were my own self.

His play on words delighted me. I felt an unearthly happiness in being there with him and the others. Don Juan went on explaining that my selfishness could be put to a grand use, and that to harness it was not impossible.

There was a general feeling of comradeship [I* - the quality of easy familiarity and sociability] among all the people gathered there. They were laughing at what don Juan was saying to me, but without making fun.

Don Juan said that the surest way to harness selfishness was through the daily activities of our lives; that I was efficient in whatever I did because I had no one to bug the devil out of me, and that it was no challenge to me to soar like an arrow by myself. If I were given the task of taking care of La Gorda, however, my independent effectiveness would go to pieces, and in order to survive I would have to extend my selfish concern for myself to include La Gorda. Only through helping her, don Juan was saying in the most emphatic tone, would I find the clues for the fulfillment of my true task.

La Gorda put her fat arms around my neck. Don Juan had to stop talking. He was laughing so hard he could not go on. All of them were roaring.

I felt embarrassed and annoyed with La Gorda. I tried to get out of her embrace but her arms were tightly fastened around my neck. Don Juan made a sign with his hands to make me stop. He said that the minimal embarrassment I was experiencing then was nothing in comparison with what was in store for me.

The sound of laughter was deafening. I felt very happy, although I was worried about having to deal with La Gorda, for I did not know what it would entail.

At that moment in my dreaming I changed my point of view- or rather, something pulled me out of the scene and I began to look around as a spectator. We were in a house in northern Mexico. I could tell by the surroundings which were partially visible from where I stood. I could see the mountains in the distance. I also remembered the paraphernalia of the house. We were at the back, under a roofed, open porch. Some of the people were sitting on some bulky chairs. Most of them, however, were either standing or sitting on the floor. I recognized every one of them. There were sixteen people. La Gorda was standing by my side facing don Juan.

I became aware that I could have two different feelings at the same time. I could either go into the dreaming scene and feel that I was recovering a long-lost sentiment, or I could witness the scene with the mood that was current in my life. When I plunged into the dreaming scene I felt secure and protected. When I witnessed it with my current mood I felt lost, insecure, and anguished. I did not like my current mood, so I plunged into my dreaming scene.

A fat Gorda asked don Juan, in a voice which could be heard above everyone's laughter, if I was going to be her husband. There was a moment's silence. Don Juan seemed to be calculating what to say.

He patted her on the head and said that he could speak for me, and said that I would be delighted to be her husband. People were laughing riotously. I laughed with them. My body convulsed with a most genuine enjoyment, yet I did not feel I was laughing at La Gorda. I did not regard her as a clown, or as stupid. She was a child.

Don Juan turned to me and said that I had to honor La Gorda regardless of what she did to me, and that I had to train my body, through my interaction with her, to feel at ease in the face of the most trying situations. Don Juan addressed the whole group and said that it was much easier to fare well under conditions of maximum stress, such as in the interplay with someone like La

Gorda, than to be impeccable under normal circumstances. Don Juan added that I could not under any circumstances get angry with la Gorda, because she was indeed my benefactress. Only through her would I be capable of harnessing my selfishness.

I had become so thoroughly immersed in the dreaming scene that I had forgotten I was a dreamer. A sudden pressure on my arm reminded me that I was dreaming. I felt la Gorda's presence next to me, but without seeing her.

She was there only as a touch; a tactile sensation on my forearm. I focused my attention on it. It felt like a solid grip on me, and then la Gorda as a whole person materialized; as if she were made of superimposed frames of photographic film. It was like trick photography in a movie. The dreaming scene dissolved. Instead, la Gorda and I were looking at each other with our forearms interlocked.

In unison, we again focused our attention on the dreaming scene we had been witnessing. At that moment I knew beyond the shadow of a doubt that both of us had been viewing the same thing.

Now don Juan was saying something to la Gorda, but I could not hear him. My attention was being pulled back and forth between the third state of dreaming, passive witnessing, and the second, dynamic vigil. I was for a moment with don Juan, a fat Gorda, and sixteen other people, and the next moment I was with the current Gorda watching a frozen scene.

Then a drastic jolt in my body brought me to still another level of attention. I felt something like the cracking of a dry piece of wood. It was a minor explosion, yet it sounded more like an extraordinarily loud cracking of knuckles. I found myself in the first state of dreaming, restful vigil. I was asleep and yet thoroughly aware. I wanted to stay for as long as I could in that peaceful stage, but another jolt made me wake up instantly. I had suddenly realized that la Gorda and I had dreamed together.

I was more than eager to speak with her. She felt the same. We rushed to talk to each other. When we had calmed down, I asked her to describe to me everything that had happened to her in our dreaming together.

"I waited for you for a long time," she said. "Some part of me thought I had missed you, but another part thought that you were nervous and were having problems, so I waited."

"Where did you wait, Gorda?" I asked.

"I don't know," she replied. "I know that I was out of the reddish light, but I couldn't see anything. Come to think of it, I had no sight. I was feeling my

way around. Perhaps I was still in the reddish light. It wasn't red, though. The place where I was, was tinted with a light peach color.

Then I opened my eyes and there you were. You seemed to be ready to leave, so I grabbed you by the arm. Then I looked and saw the Nagual Juan Matus, you, me, and other people in Vicente's house. You were younger and I was fat."

The mention of Vicente's house brought a sudden realization to me. I told La Gorda that once while driving through Zacatecas, in northern Mexico, I had had a strange urge and gone to visit one of don Juan's friends, Vicente, not understanding that in doing so I had unwittingly crossed into an excluded domain, for don Juan had never introduced me to him.

Vicente, like the Nagual woman, belonged to another area, another world. It was no wonder that La Gorda was so shaken when I told her about the visit. We knew him so very well. He was as close to us as don Genaro, perhaps even closer. Yet we had forgotten him, just as we had forgotten the Nagual woman.

At that point La Gorda and I made a huge digression. [* digression- a turning aside from the main course or concern)] We remembered together that Vicente, Genaro, and Silvio Manuel were don Juan's friends; his cohorts.

They were bound together by a vow of sorts. La Gorda and I could not remember what it was that had united them. Vicente was not an Indian. He had been a pharmacist as a young man. He was the scholar of the group, and the real healer who kept all of them healthy. He had a passion for botany. I was convinced beyond any doubt that he knew more about plants than any human being alive. La Gorda and I remembered that it was Vicente who had taught

everyone, including don Juan, about medicinal plants. He took special interest in Nestor, and all of us thought that Nestor was going to be like him.

"Remembering Vicente makes me think about myself," La Gorda said. "It makes me think what an unbearable woman I've been. The worst thing that can happen to a woman is to have children, to have holes in her body, and still act like a little girl. That was my problem. I wanted to be cute and I was empty. And they let me make a fool out of myself. They encouraged me to be a jackass."

"Who are they, Gorda?" I asked.

"The Nagual and Vicente and all those people who were in Vicente's house when I acted like such an ass with you."

La Gorda and I had a realization in unison. They had allowed her to be unbearable only with me. No one else put up with her nonsense, although she tried it on everyone.

"Vicente did put up with me," La Gorda said. "He played along with me. I even called him uncle. When I tried to call *Silvio Manuel* uncle he nearly ripped the skin off my armpits with his clawlike hands."

We tried to focus our attention on *Silvio Manuel* but we could not remember what he looked like. We could feel his presence in our memories but he was not a person. He was only a feeling.

As far as the dreaming scene was concerned, we remembered that it had been a faithful replica of what really did occur in our lives at a certain place and time. It still was not possible for us to recall when. I knew, however, that I took care of La Gorda as a means of training myself for the hardship of interacting with people. It was imperative that I internalize a mood of ease in the face of difficult social situations, and no one could have been a better coach than La Gorda. The flashes of faint memories I had had of a fat Gorda stemmed from those circumstances; for I had followed don Juan's orders to the letter.

La Gorda said that she had not liked the mood of the dreaming scene. She would have preferred just to watch it, but I pulled her in to feel her old feelings which were abhorrent to her. Her discomfort was so acute that she deliberately squeezed my arm to force me to end our participation in something so odious to her.

The next day we arranged a time for another session of dreaming together. She started from her bedroom and I from my study, but nothing happened. We became exhausted merely trying to enter into dreaming. For weeks after that we tried to achieve again the effectiveness of our first performance, but without any success. With every failure we became more desperate and greedy.

In the face of our impasse, I decided that we should postpone our dreaming together for the time being and take a closer look at the process of dreaming and analyze its concepts and procedures.

La Gorda did not agree with me at first. For her, the idea of reviewing what we knew about dreaming was another way of succumbing to despair and greed. She preferred to keep on

trying even if we did not succeed. I persisted and she finally accepted my point of view out of the sheer sense of being lost.

One night we sat down and, as casually as we could, we began to discuss what we knew about dreaming. It quickly became obvious that there were some core topics which don Juan had given special emphasis.

First was the act itself. It seemed to begin as a unique state of awareness arrived at by focusing the residue of consciousness, which one still has when asleep, on the elements, or the features of one's dreams.

The residue of consciousness, which don Juan called the second attention, was brought into action, or was harnessed, through exercises of not-doing. We thought that the essential aid to dreaming was a state of mental quietness which don Juan had called 'stopping the internal dialogue', or the 'not doing of talking to oneself'.

To teach me how to master it, he used to make me walk for miles with my eyes held fixed and out of focus at a level just above the horizon so as to emphasize the peripheral view. His method was effective on two counts. It allowed me to stop my internal dialogue after years of trying, and it trained my attention. By forcing me to concentrate on the peripheral view, don Juan reinforced my capacity to concentrate for long periods of time on one single activity.

Later on, when I had succeeded in controlling my attention and could work for hours at a chore without distraction- a thing I had never before been able to do- he told me that the best way to enter into dreaming was to concentrate on the area just at the tip of the sternum; at the top of the belly. He said that the attention needed for dreaming stems from that area.

The energy needed in order to move and to seek in dreaming stems from the area an inch or two below the belly button. He called that energy the will, or the power to select; to assemble.

In a woman both the attention and the energy for dreaming originate from the womb.

"A woman's dreaming has to come from her womb because that's her center," la Gorda said. "In order for me to start dreaming or to stop it, all I have to do is place my attention on my womb. I've learned to feel the inside of it. I see a reddish glow for an instant and then I'm off."

"How long does it take you to get to see that reddish glow?" I asked.

"A few seconds. The moment my attention is on my womb I'm already into dreaming" she continued. "I never toil; not ever. Women are like that. The

most difficult part for a woman is to learn how to begin. It took me a couple of years to stop my internal dialogue by concentrating my attention on my womb. Perhaps that's why a woman always needs someone else to prod her.

"The Nagual Juan Matus used to put cold, wet river pebbles on my belly to get me to feel that area. Or he would place a weight on it. I had a chunk of lead that he got for me. He would make me close my eyes and focus my attention on the spot where the weight was. I used to fall asleep every time. But that didn't bother him.

It doesn't really matter what one does as long as the attention is on the womb. Finally I learned to concentrate on that spot without anything being placed on it. I went into dreaming one day all by myself.

I was feeling my belly, at the spot where the Nagual had placed the weight so many times, when all of a sudden I fell asleep as usual, except that something pulled me right into my womb. I saw the reddish glow and I then had a most beautiful dream. But as soon as I tried to tell it to the Nagual, I knew that it had not been an ordinary dream. There was no way of telling him what the dream was. I had just felt very happy and strong. He said it had been dreaming.

"From then on he never put a weight on me. He let me do dreaming without interfering. He asked me from time to time to tell him about it. Then he would give me pointers. That's the way the instruction in dreaming should be conducted."

La Gorda said that don Juan told her that anything may suffice as a not-doing to help dreaming, providing that it forces the attention to remain fixed. For instance, he made her and all the other apprentices gaze at leaves and rocks, and encouraged Pablito to construct his own not-doing device.

Pablito started off with the not-doing of walking backwards. He would move by taking short glances to his sides in order to direct his path and to avoid obstacles on the way. I gave him the idea of using a rearview mirror and he expanded it into the construction of a wooden helmet with an attachment that held two small mirrors, about six inches away from his face and two inches below his eye level. The two mirrors did not interfere with his frontal view, and due to the lateral angle at which they were set, they covered the whole range behind him. Pablito boasted that he had a 360-degree peripheral view of the world. Aided by this artifact, Pablito could walk backwards for any distance, or any length of time.

The position one assumes to do dreaming was also a very important topic.

"I don't know why the Nagual didn't tell me from the very beginning," La Gorda said, "that the best position for a woman to start from is to sit with her legs crossed and then let the body fall, as it may do once the attention is on dreaming. The Nagual told me about this perhaps a year after I had begun. Now I sit in that position for a moment, I feel my womb, and right away I'm dreaming."

In the beginning, just like La Gorda, I had done it while lying on my back, until one day when Don Juan told me that for the best results I should sit up on a soft, thin mat, with the soles of my feet placed together and my thighs touching the mat. He pointed out that, since I had elastic hip joints, I should exercise them to the fullest, aiming at having my thighs completely flat against the mat. He added that if I were to enter into dreaming in that sitting position, my body would not slide or fall to either side, but my trunk would bend forward and my forehead would rest on my feet.

Another topic of great significance was the time to do dreaming. Don Juan had told us that the late night or early morning hours were by far the best. His reason for favoring those hours was what he called a practical application of the sorcerers' knowledge.

He said that since one has to do dreaming within a social milieu, [*milieu- the environmental condition] one has to seek the best possible conditions of solitude and lack of interference. The interference he was referring to had to do with the attention of people, and not their physical presence.

For Don Juan it was meaningless to retreat from the world and hide, for even if one were alone in an isolated, deserted place, the interference of our fellow men is prevalent because the fixation of their first attention cannot be shut off. Only locally, at the hours when most people are asleep, can one avert part of that fixation for a short period of time. It is at those times that the first attention of those around us is dormant.

This led to his description of the second attention. Don Juan explained to us that the attention one needs in the beginning of dreaming has to be forcibly made to stay on any given item in a dream. Only through immobilizing our attention can one turn an ordinary dream into dreaming.

He explained, furthermore, that in dreaming one has to use the same mechanisms of attention as in everyday life; that our first attention had been taught to focus on the items of the world with great force in order to turn the amorphous [*amorphous- having no definite form or distinct shape] and chaotic realm of perception into the orderly world of awareness.

Don Juan also told us that the second attention served the function of a beckoner; a caller of chances. The more it is exercised, the greater the possibility of getting the desired result. But that was also the function of attention in general; a function so taken for granted in our daily life that it has become unnoticeable. If we encounter a fortuitous [* fortuitous-occurring by happy chance] occurrence, we talk about it in terms of accident or coincidence, rather than in terms of our attention having beckoned the event.

Don Juan's discussion of the second attention prepared the ground for another key topic; the dreaming body. As a means of guiding la Gorda to it, don Juan gave her the task of immobilizing her second attention as steadily as she could on the components of the feeling of flying in dreaming.

"How did you learn to fly in dreaming?" I asked her. "Did someone teach you?"

"The Nagual Juan Matus taught me on this earth," she replied. "And in dreaming, someone I could never see taught me. It was only a voice telling me what to do. The Nagual gave me the task of learning to fly in dreaming, and the voice taught me how to do it. Then it took me years to teach myself to shift from my regular body, the one you can touch, to my dreaming body."

"You have to explain this to me, Gorda" I said.

"You were learning to get to your dreaming body when you dreamed that you got out of your body," she continued. "But, the way I see it, the Nagual did not give you any specific task, so you went any old way you could.

"I, on the other hand, was given the task of using my dreaming body. The little sisters had the same task. In my case, I once had a dream where I flew like a kite. I told the Nagual about it because I had liked the feeling of gliding. He took it very seriously and turned it into a task.

He said that as soon as one learns to do dreaming, any dream that one can remember is no longer a dream. It's dreaming.

"I began then to seek flying in dreaming. But I couldn't set it up. The more I tried to influence my dreaming, the more difficult it got. The Nagual finally told me to stop trying and let it come of its own accord. Little by little I started to fly in dreaming. That was when some voice began to tell me what to do. I've always felt it was a woman's voice.

"When I had learned to fly perfectly, the Nagual told me that every movement of flying which I did in dreaming I had to repeat while I was awake. You had the same chance when the saber-toothed tiger was showing

you how to breathe. But you never changed into a tiger in dreaming, so you couldn't properly try to do it while you were awake.

"But I did learn to fly in dreaming. By shifting my attention to my dreaming body, I could fly like a kite while I was awake. I showed you my flying once because I wanted you to see that I had learned to use my dreaming body, but you didn't know what was going on."

She was referring to a time she had scared me with the incomprehensible act of actually bobbing up and down in the air like a kite. The event was so farfetched for me that I could not begin to understand it in any logical way. As usual when things of that nature confronted me, I would lump them into an amorphous category of "perceptions under conditions of severe stress." I had argued that in cases of severe stress, perception could be greatly distorted by the senses. My explanation did not explain anything, but seemed to keep my reason pacified.

I told la Gorda that there must have been more to what she had called her shift into her dreaming body than merely repeating the action of flying.

She thought for a while before answering.

"I think the Nagual must have told you, too," she said, "that the only thing that really counts in making that shift is anchoring the second attention. The Nagual said that attention is what makes the world. He was of course absolutely right. He had reasons to say that. He was the master of attention.

I suppose he left it up to me to find out that all I needed to shift into my dreaming body was to focus my attention on flying. What was important was to store attention in dreaming; to observe everything I did in flying. That was the only way of grooming my second attention. Once it was solid, just to focus it lightly on the details and feeling of flying brought more dreaming of flying until it was routine for me to dream I was soaring through the air.

"In the matter of flying, then, my second attention was keen. When the Nagual gave me the task of shifting to my dreaming body he meant for me to turn on my second attention while I was awake. This is the way I understand it.

"The first attention, the attention that makes the world, can never be completely overcome. It can only be turned off for a moment and replaced with the second attention- providing that the body has stored enough of the second attention. Dreaming is naturally a way of storing the second

attention. So, I would say that in order to shift into your dreaming body when awake you have to practice dreaming until it comes out your ears."

"Can you get to your dreaming body any time you want?" I asked.

"No. It's not that easy," she replied. "I've learned to repeat the movements and feelings of flying while I'm awake, and yet I can't fly every time I want to. There is always a barrier to my dreaming body. Sometimes I feel that the barrier is down. My body is free at those times and I can fly as if I were dreaming."

I told La Gorda that in my case don Juan gave me three tasks to train my second attention.

The first was to find my hands in dreaming.

Next he recommended that I should choose a locale, focus my attention on it, and then do daytime dreaming and find out if I could really go there. He suggested that I should place someone I knew at the site, preferably a woman, in order to do two things; first to check subtle changes that might indicate that I was there in dreaming, and second, to isolate unobtrusive detail, which would be precisely what my second attention would zero in on.

The most serious problem the dreamer has in this respect is the unbending fixation of the second attention on detail that would be thoroughly undetected by the attention of everyday life, creating in this manner a nearly insurmountable obstacle to validation. What one seeks in dreaming is not what one would pay attention to in everyday life.

Don Juan said that one strives to immobilize the second attention only in the learning period. After that, one has to fight the almost invincible pull of the second attention and give only cursory glances at everything. In dreaming one has to be satisfied with the briefest possible views of everything. As soon as one focuses on anything, one loses control.

The last generalized task he gave me was to get out of my body. I had partially succeeded, and all along I had considered it my only real accomplishment in dreaming. Don Juan left before I had perfected the feeling in dreaming that I could handle the world of ordinary affairs while I was dreaming. His departure interrupted what I thought was going to be an unavoidable overlapping of my dreaming time into my world of everyday life.

To elucidate [^{*} elucidate- make clear; free from confusion or ambiguity] the control of the second attention, don Juan presented the idea of will. He said that will can be described as the maximum control of the luminosity of the

body as a field of energy; or it can be described as a level of proficiency, or a state of being that comes abruptly into the daily life of a warrior at any given time.

It is experienced as a force that radiates out of the middle part of the body following a moment of the most absolute silence, or a moment of sheer terror, or profound sadness; but not after a moment of happiness, because happiness is too disruptive to afford the warrior the concentration needed to use the luminosity of the body and turn it into silence.

"The Nagual told me that for a human being, sadness is as powerful as terror," la Gorda said. "Sadness makes a warrior shed tears of blood. Both can bring the moment of silence. Or the silence comes of itself, because the warrior tries for it throughout his life."

"Have you ever felt that moment of silence yourself?" I asked.

"I have, by all means, but I can't remember what it is like," she said. "You and I have both felt it before and neither of us can remember anything about it. The Nagual said that it is a moment of blackness; a moment still more silent than the moment of shutting off the internal dialogue. That blackness, that silence, gives rise to the intent to direct the second attention; to command it; to make it do things.

"This is why it's called will. The intent and the effect are will. The Nagual said that they are tied together. He told me all this when I was trying to learn flying in dreaming. The intent of flying produces the effect of flying."

I told her that I had nearly written off the possibility of ever experiencing will.

"You'll experience it," la Gorda said. "The trouble is that you and I are not keen enough to know what's happening to us. We don't feel our will because we think that it should be something we know for sure that we are doing or feeling, like getting angry, for instance. Will is very quiet, unnoticeable. Will belongs to the other self."

"What other self, Gorda?" I asked.

"You know what I'm talking about," she replied briskly. "We are in our other selves when we do dreaming. We have entered into our other selves countless times by now, but we are not complete yet."

There was a long silence. I conceded to myself that she was right in saying that we were not complete yet. I understood that as meaning that we were merely apprentices of an inexhaustible art. But then the thought crossed my mind that perhaps she was referring to something else. It was not a rational

thought. I felt first something like a prickling sensation in my solar plexus and then I had the thought that perhaps she was talking about something else. Next I felt the answer. It came to me in a block, a clump of sorts. I knew that all of it was there, first at the tip of my sternum and then in my mind. My problem was that I could not disentangle what I knew fast enough to verbalize it.

La Gorda did not interrupt my thought processes with further comments or gestures. She was perfectly quiet; waiting. She seemed to be internally connected to me to such a degree that there was no need for us to say anything.

We sustained the feeling of communality with each other for a moment longer and then it overwhelmed us both. La Gorda and I calmed down by degrees. I finally began to speak. Not that I needed to reiterate what we had felt and known in common, but just to reestablish our grounds for discussion I told her that I knew in what way we were incomplete, but that I could not put my knowledge into words.

"There are lots and lots of things we know," she said. "And yet we can't get them to work for us because we really don't know how to bring them out of us. You've just begun to feel that pressure. I've had it for years. I know and yet I don't know. Most of the time I trip over myself and sound like an imbecile when I try to say what I know."

I understood what she meant and I understood her at a physical level. I knew something thoroughly practical and self-evident about will and what La Gorda had called the other self,

and yet I could not utter a single word about what I knew; not because I was reticent or bashful, but because I did not know where to begin, or how to organize my knowledge.

"Will is such a complete control of the second attention that it is called the other self," La Gorda said after a long pause. "In spite of all we've done, we know only a tiny bit of the other self. The Nagual left it up to us to complete our knowledge. That's our task of remembering."

She smacked her forehead with the palm of her hand, as if something had just come to her mind.

"Holy Jesus! We are remembering the other self!" she exclaimed, her voice almost bordering on hysteria. Then she calmed down and went on talking in a subdued tone. "Evidently we've already been there and the only way of

remembering it is the way we're doing it, by shooting off our dreaming bodies while dreaming together."

"What do you mean, shooting off our dreaming bodies?" I asked.

"You yourself have witnessed when Genaro used to shoot off his dreaming body," she said. "It pops off like a slow bullet. It actually glues and unglues itself from the physical body with a loud crack.

"The Nagual told me that Genaro's dreaming body could do most of the things we normally do. He used to come to you that way in order to jolt you. I know now what the Nagual and Genaro were after. They wanted you to remember, and for that effect Genaro used to perform incredible feats in front of your very eyes by shooting off his dreaming body. But to no avail."

"I never knew that he was in his dreaming body," I said.

"You never knew because you weren't watching," she said. "Genaro tried to let you know by attempting to do things that the dreaming body cannot do, like eating, drinking, and so forth. The Nagual told me that Genaro used to joke with you that he was going to shit and make the mountains tremble."

"Why can't the dreaming body do those things?" I asked. "Because the dreaming body cannot handle the intent of eating, or drinking," she replied.

"What do you mean by that, Gorda?" I asked.

"Genaro's great accomplishment was that in his dreaming he learned the intent of the body," she explained. "He finished what you had started to do. He could dream his whole body as perfectly as it could be.

"But the dreaming body has a different intent from the intent of the physical body. For instance, the dreaming body can go through a wall, because it knows the intent of disappearing into thin air. The physical body knows the intent of eating, but not the one of disappearing. For Genaro's physical body to go through a wall would be as impossible as for his dreaming body to eat."

La Gorda was silent for a while as if measuring what she had just said. I wanted to wait before asking her any questions.

"Genaro had mastered only the intent of the dreaming body" she said in a soft voice. "Sílvio Manuel, on the other hand, was the ultimate master of intent, I know now that the reason we can't remember his face is because he was not like everybody else."

"What makes you say that, Gorda?" I asked.

She started to explain what she meant, but she was incapable of speaking coherently. Suddenly she smiled. Her eyes lit up.

"I've got it!" she exclaimed. "The Nagual told me that *Silv* Manuel was the master of intent because he was permanently in his other self. He was the real chief. He was behind everything the Nagual did. In fact, he's the one who made the Nagual take care of you."

I experienced a great physical discomfort upon hearing *La Gorda* say that. I nearly became sick to my stomach and made extraordinary efforts to hide it from her. I turned my back to her and began to gag.

She stopped talking for an instant and then proceeded as if she had made up her mind not to acknowledge my state. Instead, she began to yell at me. She said that it was time that we air our grievances. She confronted me with my feelings of resentment after what happened in Mexico City. She added that my rancor was not because she had sided with the other apprentices against me, but because she had taken part in unmasking me.

I explained to her that all of those feelings had vanished from me. She was adamant. She maintained that unless I faced them they would come back to me in some way. She insisted that my affiliation with *Silv* Manuel was at the crux of the matter.

I could not believe the changes of mood I went through upon hearing that statement. I became two people- one raving, foaming at the mouth- the other calm, observing. I had a final painful spasm in my stomach and got ill. But it was not a feeling of nausea that had caused the spasm. It was rather an uncontainable wrath.

When I finally calmed down I was embarrassed at my behavior, and worried that an incident of that nature might happen to me again at another time.

"As soon as you accept your true nature, you'll be free from rage," *La Gorda* said in a nonchalant tone.

I wanted to argue with her, but I saw the futility of it. Besides, my attack of anger had drained me of energy. I laughed at the fact that I did not know what I would do if she were right.

The thought occurred to me then that if I could forget about the Nagual woman, anything was possible. I had a strange sensation of heat or irritation in my throat, as if I had eaten hot spicy food. I felt a jolt of bodily alarm, just as though I had seen someone sneaking behind my back, and I knew at that moment something I had had no idea I knew a moment before. *La Gorda* was right. *Silv* Manuel had been in charge of me.

La Gorda laughed loudly when I told her that. She said that she had also remembered something about *Silv* Manuel.

"I don't remember him as a person, as I remember the Nagual woman," she went on, "but I remember what the Nagual told me about him."

"What did he tell you?" I asked.

"He said that while *Silvío Manuel* was on this earth he was like *Eligio*. He disappeared once without leaving a trace and went into the other world. He was gone for years. Then one day he returned. The Nagual said that *Silvío Manuel* did not remember where he'd been or what he'd done, but his body had been changed. He had come back to the world, but he had come back in his other self."

"What else did he say, *Gorda*?" I asked. "I can't remember any more," she replied. "It is as if I were looking through a fog."

I knew that if we pushed ourselves hard enough, we were going to find out right then who *Silvío Manuel* was. I told her so.

"The Nagual said that intent is present everywhere," *La Gorda* said all of a sudden. "What does that mean?" I asked.

"I don't know," she said. "I'm just voicing things that come to my mind. The Nagual also said that intent is what makes the world."

I knew that I had heard those words before. I thought that *don Juan* must have also told me the same thing and I had forgotten it.

"When did *don Juan* tell you that?" I asked.

"I can't remember when," she said. "But he told me that people, and all other living creatures for that matter, are the slaves of intent. We are in its clutches. It makes us do whatever it wants. It makes us act in the world. It even makes us die."

"He said that when we become warriors, though, intent becomes our friend. It lets us be free for a moment. At times it even comes to us as if it had been waiting around for us. He told me that he himself was only a friend of intent- unlike *Silvío Manuel*, who was the master of it."

There were barrages [^{*} barrage- the rapid and continuous delivery of communication: the heavy fire of artillery to saturate an area rather than hit a specific target] of hidden memories in me that fought to get out. They seemed about to surface. I experienced a tremendous frustration for a moment and then something in me gave up. I became calm. I was no longer interested in finding out about *Silvío Manuel*.

La Gorda interpreted my change of mood as a sign that we were not ready to face our memories of *Silvío Manuel*.

"The Nagual showed all of us what he could do with his intent," she said abruptly. "He could make things appear by calling intent.

"He told me that if I wanted to fly, I had to summon the intent of flying. He showed me then how he himself could summon it, and jumped in the air and soared in a circle, like a huge kite. Or he would make things appear in his hand. He said that he knew the intent of many things and could call those things by intending them. The difference between him and Silvio Manuel was that Silvio Manuel, by being the master of intent, knew the intent of everything."

I told her that her explanation needed more explaining. She seemed to struggle arranging words in her mind.

"I learned the intent of flying," she said, "by repeating all the feelings I had while flying in dreaming. This was only one thing. The Nagual had learned in his life the intent of hundreds of things.

"But Silvio Manuel went to the source itself. He tapped it. He didn't have to learn the intent of anything. He was one with intent. The problem was that he had no more desires because intent has no desire of its own, so he had to rely on the Nagual for volition. [* volition- the capability of conscious choice and intention] In other words, Silvio Manuel could do anything the Nagual wanted. The Nagual directed Silvio Manuel's intent. But since the Nagual had no desires either, most of the time they didn't do anything."